

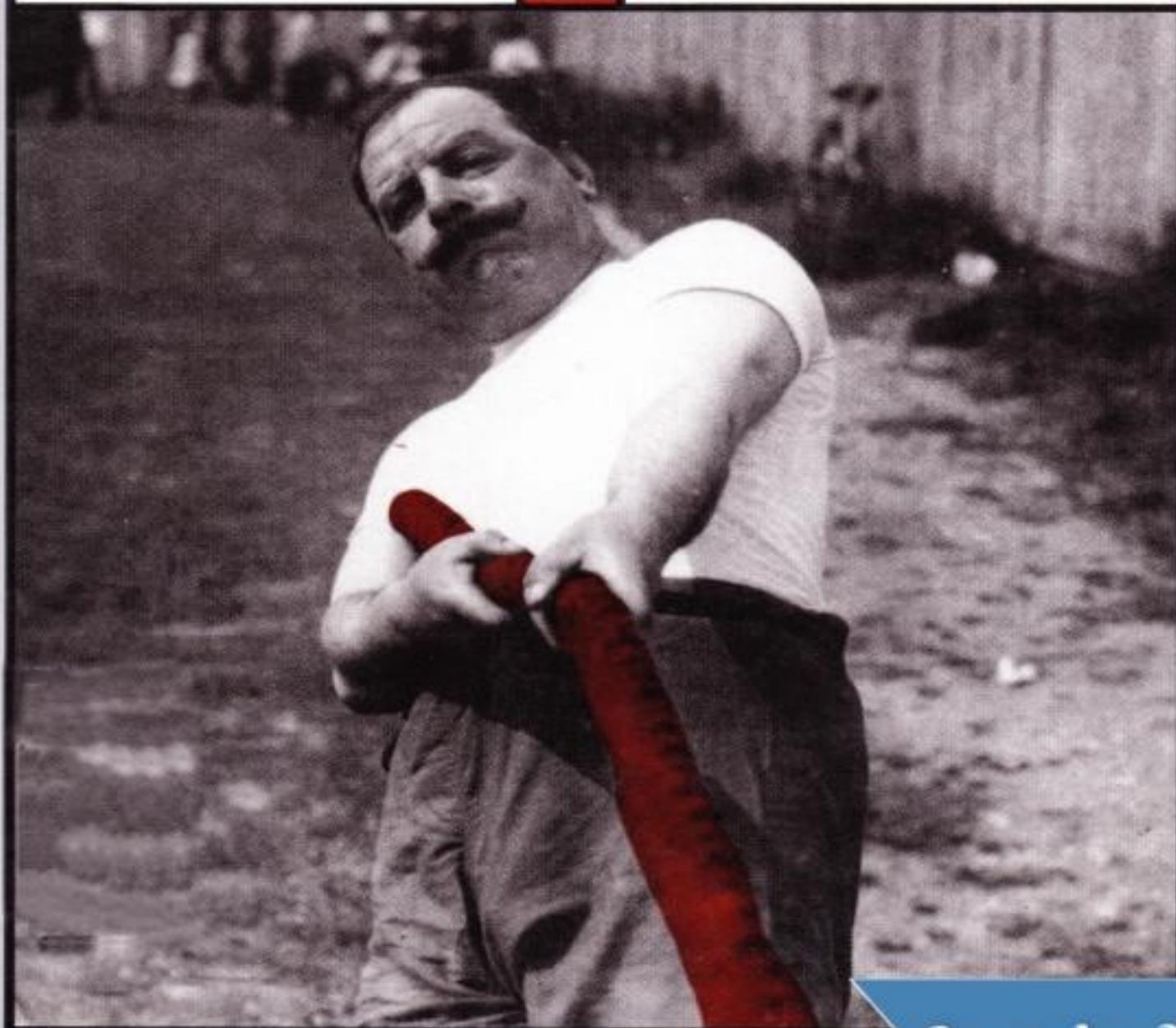
Joël Egloff



# Qué hago aquí, sentado en el suelo

Traducción de Tamara Gil Somoza

se



Lectulandia

Dos amigos sobreviven, a duras penas, en una ciudad que se agujerea a su alrededor como un queso de gruyer. El humor, siempre nuevo, de Joël Egloff inspira una literatura sorprendente y fresca que deja el mundo patas arriba.

«Las fisuras, las grietas no son cosa que se arregle así como así. Es raro verlas cicatrizar. Al contrario, por lo general parecen estar deseando abrirse aún más, seguir extendiéndose y ramificándose. Es la tendencia natural de las grietas, no hay nada que hacerle, sólo podemos rellenar las brechas y tratar de dar el pego un tiempo, lo que dure. Pero nunca dura. Cuando las paredes y el suelo hacen muecas, tienen sus motivos. Por aquel entonces yo aún no lo había comprendido del todo, pero lo más inquietante era que las fisuras dejaban adivinar lo que estaba ocurriendo mucho más abajo, en las profundidades, más allá de la superficie de las cosas».

De su obra anterior, la crítica ha dicho: *Edmond Ganglion e hijos* (Lengua de Trapo, 2001): «Uno de los discípulos aventajados que siguen el cortejo fúnebre del humor negro» (*Magazine Littéraire*). «Con Joël Egloff encontrarán de nuevo el gusto por la vida... Consúmase urgentemente» (*Elle*). «Humor, poesía y frescura en la mirada: un novelista del que esperamos mucho» (*Lire*). *Los asoleados* (Lengua de Trapo, 2002): «Un puro placer de lectura» (*Optimum*). «Consumado arte del contrapié. Una gran comunión festiva» (*Figaro*). «Un auténtico especialista de las citas imposibles y de las ocasiones perdidas» (*L'Express*). «Una inspiración casi insolente, facilidad de trazo y una sorprendente comodidad al escribir» (*Spectacle du Monde*).

**Lectulandia**

Joël Egloff

# **Qué hago aquí, sentado en el suelo**

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *Ce que je fais là assis par terre*

Joël Egloff, 2003

Traducción: Tamara Gil Somoza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

QUÉ HAGO AQUÍ sentado en el suelo, al borde de este agujero, y cómo he llegado a esto es fácil de explicar, incluso puedo contarle todo desde el principio, que es justo lo que voy a hacer. Pero por qué las cosas han sucedido así, por qué este desastre, eso ya es otra historia, y hay que renunciar a buscarle sentido. Jamás se ha visto que brotara luz de las grietas.

RECUERDO LOS DÍAS tranquilos, cuando nadie se preocupaba de la naturaleza del suelo. Caminábamos sin planteamos nada, tan tranquilos, deambulábamos sin temor y hasta nos tomábamos, de vez en cuando, tiempo para parar en un banco, soñar despiertos y ver pasar a la gente. Esperar el autobús mucho rato en el mismo sitio no exigía un valor singular ni era algo exclusivo de unos cuantos inconscientes. Circulábamos alegremente, nos atascábamos con paciencia, sin pensar nunca en el suelo que soportaba, impasible, todo el peso de nuestras vidas trepidantes. Descargábamos camiones sin contemplaciones, perforábamos, apisonábamos y, colmo de la imprudencia, llegábamos a cavar todo tipo de zanjas, pozos, galerías, túneles, en todas direcciones, que pasaban por encima o por debajo de otros conductos, de otras galerías, de otros túneles, y que a veces se unían creando enlaces, interconexiones, correspondencias que nos facilitaban la vida.

Desde siempre, sabíamos que había que temer al agua por su falta de consistencia, al cielo, inaccesible, donde moraba Dios y del que podían caer infinidad de cosas; pero de la tierra, la tierra firme sobre la que descansaban nuestras construcciones, los cimientos de nuestras ciudades, nuestros pequeños pasos y nuestras grandes esperanzas, de ella no desconfiábamos hasta los años de la vejez, al sentir que pronto tendríamos que codearnos con ella.

En aquel tiempo, éramos pesados; pesados y despreocupados. Se oía el taconeo de los zapatos por las aceras; los niños saltaban en los charcos, y en el suelo, que aguantaba lo que le echasen.

Yo iba casi siempre en pantuflas, despacito, por culpa de mi convalecencia, que no se acababa nunca. Vamos, que no fui yo quien abusó del asfalto. Tardar años y años en recuperarse resultaba preocupante, de eso me daba cuenta. Llevaba tanto tiempo así que ya ni me acordaba de qué enfermedad había padecido. A veces, al despertarme por la mañana, seguía viéndome un poco cianótico y se me ocurría que a lo mejor de lo que no me había recobrado por completo era de mi nacimiento. Es que nacer no es poca cosa, lleva su tiempo recuperarse. Pero tampoco tenemos toda la vida para hacerlo.

Yo me cuidaba, hacía lo que había que hacer y seguía todas las prescripciones. No obstante, no se puede decir que mis progresos fueran espectaculares. Por mucho que cada día me sintiera un poquito mejor, sólo un poquitín, aún no valía. Y todos los días, al abrir los ojos, me decía: «Está mejor, pero aún no vale». Sin embargo, ¿era quizá demasiado exigente? Tal vez hacía ya tiempo que había recobrado la salud, sin darme cuenta de ello ni contentarme. «Sucumbió a una larga convalecencia», eso es lo que dirían de mí cuando llegase el fin, pensaba. No era como para que me diesen la Legión de Honor.

En aquella época, yo vivía por la zona de Grandes Carrières, en Montmartre, no muy lejos del cementerio, y mis días se reducían a poca cosa. Largas siestas, paseos y

mi jardín: a esto dedicaba el grueso de mi tiempo. Claro que, por otra parte, la palabra *jardín* le queda un poco grande a lo que yo tenía, que era más bien un jardincillo, en realidad un jardincillo chiquitín. A decir verdad, se trataba de un agujerito que había en el asfalto de la acera, a un paso de mi casa. Un agujerito redondo, apenas mayor que una moneda, donde se había acumulado la mugre. Allí había sembrado un rábano, convirtiéndolo así en mi huerto. No es que los rábanos me gustasen especialmente, qué va, en realidad me eran más bien indiferentes; de haber podido elegir, habría preferido cultivar algo más ambicioso: una zanahoria, una lechuga o incluso un repollo, ¿por qué no? Pero tenía que ser realista. Las dimensiones de mi jardincillo no me permitían cualquier fantasía. Un rábano tendría el espacio justo para desarrollarse y seguramente hasta habría que recolectarlo antes de tiempo para evitar que se quedara encajonado. El caso es que era un jardín ideal, tanto por su situación como por las horas de exposición al sol, pero sobre todo por el hecho de que no exigía un esfuerzo extraordinario por mi parte. Bastaba con un escupitajo al día para regarlo, y un simple mondadientes me servía a la vez de pala, pico y azada. Estaba lo bastante cerca de la pared como para que no lo pisaran y lo bastante alejado como para que los perros lo respetasen. La principal dificultad, finalmente, radicaba en no atraer la atención de los transeúntes. Para ello, iba preferentemente muy pronto por la mañana o ya tarde por la noche y me arrodillaba justo al lado, haciendo como que me ataba los cordones de los zapatos, cuando en realidad, con gran discreción, estaba trabajando en mi jardín. Y nadie se enteraba de nada.

No puedo decir que mi vida en aquella época fuese una sucesión de días felices, porque no es verdad, tampoco hay que exagerar; sencillamente, de vez en cuando ocurría que durante un breve instante me olvidaba de cómo iba a terminar todo, tanto para aquel rábano como para mí.

COMO HACÍA ALGÚN tiempo que había vuelto a transitar las calles, a arrastrarme por las aceras, empezaba a conocerme el barrio como la palma de mi mano. Por eso, cuando aparecieron las primeras grietas, enseguida reparé en ellas. Había algunas en las fachadas de los edificios y en el suelo que, en el espacio de apenas una semana, habían ganado un terreno considerable y se habían ensanchado de forma clara. Yo me conocía una que no estaba nada mal, al final de la calle, en la plaza, una que llevaba allí toda la vida y casi no se veía, una fisurilla de nada, que parecía haber sido puesta sólo para hacer bonito. Un día, sin embargo, vi que se extendía desde la mitad de la calzada hasta la acera, partiéndola en dos para ir a perderse bajo las mesas y las sillas de la terraza del Terminus. Precisamente allí, de vez en cuando, me permitía tomarme un cafelito para empezar el día.

—¿Has visto eso? —le pregunté un buen día a Dinochin, el patrón.

—¿El qué?

—Pues eso de ahí —repetí, señalando con el dedo la fisura que corría entre mis pies—. No se arregla...

—¡Ah, eso! —me contestó—. Lleva ahí toda la vida.

—Ya me extrañaría —respondí.

Pero no insistí, ni tampoco él. Me daba cuenta de que le traía al fresco lo que estaba contándole, como siempre. No me tomaban en serio, eso ya lo sabía. Y, sin embargo, que nadie se piense que no había tenido mis responsabilidades. Yo también había trabajado un tiempo. Hasta llegué a cotizar para la jubilación, tengo los papeles guardados en algún sitio, ya no recuerdo dónde, con las notas de la primaria y los cupones de descuento del supermercado. Por cierto, que conservo de ello un recuerdo bastante agradable. Fue en una fábrica, en verano, cuando era joven. Rellenaba cartones para poder pagarme el andador de mis sueños. No es que en aquella época lo necesitara, ni en realidad tampoco ahora, pero me había entrado por los ojos un día que pasé por el escaparate de una farmacia. Fue un capricho de adolescente. Otros soñaban con una moto, pero yo, de carácter más tranquilo, ya me veía aferrado a mi andador. Y cada noche, al salir de trabajar, iba al escaparate para admirar su acabado en cromo y sus cuatro piecitos de caucho gris. Qué lejos quedan aquellos años. Ahora me cuesta más entusiasarme, y quizá sea mejor así.

Las grietas corrían por toda la ciudad, pero eso no parecía preocupar a nadie. Las más antiguas se instalaban y cada dos por tres descubría otras nuevas. La de la plaza, enfrente del Terminus, iba adquiriendo un aspecto amenazante. Sus bordes se habían separado y por un lado el suelo se había hundido un poco, lo que hacía que se creara como un pequeño escalón que se extendía a lo largo de varios metros y con el que yo tropezaba sistemáticamente. «¡Un día de estos aquí alguien se va a romper la crisma!», le comenté en una ocasión al hijo del patrón, que miraba con cara alelada cómo había estado a punto de dármele. «¿Y qué quiere que le hagamos nosotros?»,

me contestó encogiéndose de hombros, mientras recogía una mesa de la terraza.

Ya me estaban cansando los de aquel bar, con esa actitud que tenían siempre. Tanto el padre como el hijo parecían sentir la misma indiferencia por todo. Habían dado con una especie de actitud estándar, una única expresión que les servía para todas las ocasiones. Sólo cuando consideraban que de verdad valía la pena, o por un cliente muy bueno, podían llegar a abrir los ojos como platos o a fruncir el ceño. Pero no se les podía pedir otra cosa, no daban para más. Yo había visto a Dinochin hijo adoptar la misma expresión de ligera contrariedad al recibir la noticia del accidente de su madre que cuando le anunciaron que se retiraba un caballo por el que había apostado. Había tratado de comprender, los había imaginado conmoviéndose, vibrando, les había inventado pasiones ocultas, vicios, distracciones inconfesables. Pero, según fui conociéndolos, tuve que rendirme ante la evidencia. El único jardín secreto que descubrí en ellos resultó ser un inmenso descampado.

En cuanto al café que servían, corto o largo, daba igual: en la taza el nivel de líquido era siempre el mismo. Con todos los años que llevaba yendo allí, todavía a veces me hacían esperar más de un cuarto de hora antes de servírmelo medio frío. No había forma de que se preocupasen un poco por mí o reparasen siquiera en mi presencia. Y de mis historias de grietas, con su habitual indiferencia, pasaban como de todo lo demás.

De modo que, para calmarme, al salir de su bar, me iba a escupir en mi jardín. Me sentaba de maravilla. Y a la vista estaba que a mi semilla de rábano también, ya que un buen día tuve la sorpresa de descubrir, nadando en medio de mi gargajo (que seguramente actuaba como lupa) dos diminutas hojas verdes que hasta entonces no había visto nunca. Yo, que ni siquiera había sido capaz de cultivar lentejas en algodón, no daba crédito a mis ojos. Me había imaginado que tendría que esperar años antes de recoger el fruto de mi labranza, pero mis esfuerzos se veían recompensados ya. Esperé un poco más y, esa misma semana, volví con un cesto. Me habían meado en el rábano. Estuve a punto de echarme a llorar.

LAS FISURAS, LAS grietas no son cosa que se arregle así como así. Es raro verlas cicatrizar. Al contrario, por lo general parecen estar deseando abrirse aún más, seguir extendiéndose y ramificándose. Es la tendencia natural de las grietas, no hay nada que hacerle, sólo podemos rellenar las brechas y tratar de dar el pego un tiempo, lo que dure. Pero nunca dura. Cuando las paredes y el suelo hacen muecas, tienen sus motivos. Por aquel entonces yo aún no lo había comprendido del todo, pero lo más inquietante era que las fisuras dejaban adivinar lo que estaba ocurriendo mucho más abajo, en las profundidades, más allá de la superficie de las cosas. «¿Sabes? —me dijo Jeff un día—. Es como cuando llevas unos zapatos que te quedan estrechos: aunque te sangren los pies, lo único que se ve es la mueca de la boca». Y Jeff era todo un entendido en zapatos estrechos, en sangrados diversos y en muecas, porque su vida no había sido como para ponerse a tirar cohetes. Me la contaba casi todos los días. Bastaba con echarle una moneda en el sombrero y se ponía en marcha como una gramola, aunque no se podía escoger la canción. No todos los días había tenido la misma vida. Dependía del tiempo, de sus pies, del vino, pero el final era siempre el mismo. Siempre acababa con él allí, frente a mí, arrimado a su pared, pidiendo limosna. «¡Joder! Y pensar que yo he sido director de banco...». Así solía terminar su historia. O de otra manera. Pero a mí me costaba seguirle el hilo, ya que también había sido piloto comercial y viticultor, me parece. El caso es que yo solía hacer un alto en el camino para pasar un rato con él y charlar de cualquier cosa, en los últimos tiempos sobre todo de las grietas, que también habían llamado su atención y le causaban la misma preocupación que a mí, en especial desde que, en el edificio junto al que se ponía de sol a sol, se había abierto de un día para otro, en vertical a lo largo de dos pisos, una raja perfectamente recta, negra y bien gorda, como si le hubieran dado un hachazo.

Por mucho que digamos, poco nos importan las fisuras de los demás, eso hay que reconocerlo. Es decir, las fisuras en las paredes de los demás. Hasta el día en que las vemos correr por nuestros propios muros no empezamos a preocuparnos de verdad, a temblar un poco. Eso fue lo que me ocurrió una noche, cuando estaba en mi casa y mis únicas preocupaciones en perspectiva consistían en elegir entre dos sabores de yogur para el postre y, un poco más tarde, cuando llegara la hora de irse a la cama, entre una infusión de tila o de verbena. Todo se presentaba tan pacífico y aburrido como la noche anterior, hasta que reparé en ella, agazapada en la oscuridad, frente a mí. Una grieta larga, toda retorcida y nada agradable a la vista. Me acerqué hasta ponerme a pocos centímetros de ella y seguí su recorrido. Salía de detrás del rodapié, subía a lo largo del radiador, luego cambiaba de rumbo y seguía en diagonal hasta desaparecer en la esquina de arriba. O quizá fuera al revés: nacía allí en lo alto y se zambullía hacia el suelo. ¿Cómo saber por qué lado tomarla? ¿Dónde empieza y termina una fisura? Nunca se me había ocurrido pensar en ello.

La observé un buen rato, como se observa una araña antes de acabar con ella. Con la diferencia de que, por mucho que le demos a una grieta, no se mueve ni un centímetro ni se encoge sobre sí misma. No se puede acabar con las fisuras, ahí está el problema. Y, en cambio, con ellas empiezan las complicaciones.

Siempre nos surge la misma duda cuando descubrimos una. Nos preguntamos si acaba de aparecer o si es que acabamos de verla, pero en realidad es una ya vieja, con la que llevamos mucho tiempo conviviendo sin darnos cuenta. Esta es la hipótesis más tranquilizadora y a ella nos aferramos durante un tiempo, hasta que un día nos vemos forzados a admitir la realidad. También en casa yo quise creer en eso, en las fisuras de toda la vida, que estaban allí antes incluso que las paredes. Pero llega un momento en que salta a la vista que es justo lo contrario, cuando cada día empiezan a nacer otras nuevas, que pronto se extienden del suelo al techo y que incluso podemos oír por la noche, instalándose. De nada me sirvió pensar que ya bastante cuarteado estaba yo como para, encima, cargar sobre mi espíritu las dolencias del yeso; de nada me sirvió pensar que seguramente eran sólo superficiales y que las arrugas que salen junto a los ojos no le abren a nadie la cabeza: no pude evitar vigilarlas de cerca. Tomaba medidas por la mañana y por la noche, pasaba largos ratos al acecho, y también noches en vela, sentado frente a la pared, esperando ver nacer una ante mis ojos. Pero no vale la pena, nunca se las ve aparecer. Solamente las descubrimos cuando ya están bien instaladas, y entonces nos asombramos como tontos: «¡Vaya! ¡Una grieta!». Y, como siempre, nos preguntamos si es nueva. Pero yo había encontrado definitivamente la respuesta a esa pregunta, porque, estancia tras estancia, las paredes de mi casa empezaban a parecerse a grandes puzzles.

POR LA NOCHE, me gustaba salir a la hora en que los perros pasean a sus dueños. Sólo una vuelta a la manzana, justo antes de mi infusión. Me ayudaba a cambiar de ideas, que era algo que me hacía mucha falta. A veces hacemos descubrimientos interesantes al final de las correas —del lado humano, me refiero—. Hay dueñas a las que con gusto olisquearíamos más de cerca, a falta de lo cual nos limitamos a acariciar a sus perros, a comentar qué buena noche hace. Para tratar de seducir a algunas de las vecinas del barrio, les hablaba, con lágrimas en los ojos, de mi caniche de veintisiete años, que me había dejado hacía poco. Pero creo que cometía un error al intentar impresionarlas con su edad, porque sólo de imaginar el aspecto del animal les entraban náuseas. Las que no obstante había conseguido conmovier, pronto se enfriaban, presumo que por la sospechosa insistencia con que sus perros me olían la entrepierna. Quizá fuera también por mi pijama, cuya bragueta a veces dejaba descuidadamente entreabierto, para mostrar que, al margen de las apariencias, no dejaba de tener argumentos que esgrimir, ciertas ventajas que podrían tener su peso si la conversación hubiera de prolongarse. Era mi particular escote. Pero a pesar de mis estratagemas, no me parece recordar que fuesen muchas las que aceptaron mi invitación de ir a casa a tomarse una infusión conmigo. Sea como fuere, ahora todo eso ya no tiene importancia. El tiempo de las conquistas ha pasado.

Aquella vez, debía de haberseme hecho tarde para el paseo, porque cuando salí ya no quedaba nadie en las aceras, ni perros ni dueños. Al principio me paré junto a mi edificio, dudando, mirando pasar dos o tres coches, pero luego decidí dar al menos unos pasos hasta la esquina. Por el camino, sólo me crucé con una rata que se metía por una alcantarilla. Me senté en un banco y decidí esperar hasta el primer grito. Siempre hay alguien que chilla en la noche. Algunas veces hay que tener un poco de paciencia, pero al final acaba oyéndose. En mis noches de insomnio, a veces iba allí y me sentaba a escuchar. Los bramidos de un hombre al que echan de un bar, suspiros que caen de una ventana, alguien a quien abandonan o alguien a quien degüellan. Cada noche tiene sus gritos. Es la ciudad con sus sueños y sus pesadillas. Hasta entonces nunca me había llevado una decepción, pero aquella noche, sin embargo, todo estaba tranquilo. Hacía ya un rato que sólo oía unos ruidos que me intrigaban. Una especie de crujidos más o menos fuertes, más o menos espaciados, como el hielo que cede o la madera muerta al romperse. Me levanté y fui a apostarme en medio del cruce para alejarme un poco. Parecía como si viniera de todas partes: de las fachadas, del suelo, de allí al lado, de las calles de alrededor y de mucho más lejos. Entonces apareció una mujer por la esquina. «¿Oye eso? —le pregunté al verla—. ¡Escuche!».

Pero debí de asustarla. Apretó el paso sin mirarme siquiera.

Me quedé allí unos minutos más y sentí el temblor del metro bajo mis pies. Debía de ser el último.

—Venga, vámonos a casa —terminé por decirme.

—Tienes razón, empieza a hacer fresco.

—¿Quieres que te dé mi opinión?

—Dime.

—Me parece que la ciudad está cediendo, viejo. Me parece que nos está dejando tirados.

Y al volver subiendo la calle, de nuevo aquella rata, o quizá otra, que corría por el arroyo.

AL FINAL, TODO eso no son más que chorradas. Esto pensamos cuando las cosas se ponen feas. Llega un momento en que acabamos por echar de menos nuestras viejas grietas, nos parece que sin ellas le falta algo al panorama. Y nos damos cuenta de que hemos hecho mal en quejarnos o de que nos hemos quejado demasiado pronto, que deberíamos haber reservado unas cuantas lamentaciones para más tarde.

Cuando el suelo se hunde, tomamos conciencia de lo que sostiene. Nuestras gilipolleces, como todo lo demás, no dejan de pesar bastante. En comparación, el océano no soporta nada, ahí está la diferencia. O al menos, poca cosa. Peces insignificantes entre dos aguas, unos cuantos barcos entre dos puertos y para de contar. El resto, a pesar de las apariencias, descansa, se hunde o echa raíces. Tanto las islas como las plataformas y los pilotes. En el aire, lo mismo, no hay nada más que viento. Pájaros, quizá, pero son pájaros que están de paso, que van de un árbol a otro, y aviones, impacientes por posarse. Lo que despega siempre acaba aterrizando o estrellándose. Siempre se vuelve a la tierra, pase lo que pase.

Nos creemos que todo lo que tenemos nos corresponde por derecho. Hay ciertas cosas que no son negociables, un mínimo garantizado que preferiríamos no tener que estar revisando siempre. Poca cosa, a fin de cuentas: el amor y el agua fresca, la sonrisa de la panadera y el pan crujiente, y también el dinero para el pan y, ¿por qué no?, para la panadera. El sol en verano y en invierno la nieve en las pistas, y sobre todo, sobre todo la salud. El resto es accesorio, nos contentamos con poca cosa. Pero todo eso sólo tiene sentido si la tierra firme aguanta. Necesitamos sentirnos sostenidos, si no, no vale la pena. Nunca pensamos en la firmeza del suelo, nos creemos que una cosa implica la otra, que es lo menos que se puede pedir. Hasta el día en que nos caemos desde la altura, o incluso de no tan alto.

Fue entonces cuando se pusieron a sondear el suelo por todas partes. Empezamos a ver calles destripadas y capataces histéricos que abroncaban a sus obreros. Y los jefes de los capataces, todavía más feroces, y también ingenieros, que discutían entre ellos y ponían unas caras rarísimas. En los lugares más afectados, habían levantado el firme y habían perforado el subsuelo en profundidad, para ver qué había. No era nada tranquilizador, desde luego, aunque, sin embargo, yo había vivido aquel desembarco con un alivio inmenso. A pesar de que cada mañana me sacaban del sueño a golpe de perforadora, su presencia me había tranquilizado.

Como charlaba regularmente con ellos, me mantenía al corriente de los progresos de las obras, que por el momento no tenían otro objetivo que estudiar la naturaleza del subsuelo. Toda aquella agitación era un cambio en mi rutina y, desde mi ventana, pasaba el tiempo observando las maniobras de aquellas máquinas que rascaban la tierra, los gestos de los capataces, los obreros a su alrededor, apoyados en sus palas, esperando a que les dijeran si había que seguir cavando o volver a tapar. A veces me hacían sonreír, tan empeñados en llevar casco, como si temieran que algo les fuera a

caer sobre la cabeza, cuando en realidad era del subsuelo de quien se podía temer lo peor.

Y, luego, de la noche a la mañana se esfumaron, tan rápido como habían aparecido, dejando la calle toda llena de zurcidos. De camino a casa, topé por casualidad con el último obrero que dejaba la obra. Lo reconocí. Ya había tenido ocasión de charlar un par de veces con él. Me caía bien, de modo que me acerqué. En la parte trasera de una furgoneta, se esforzaba en poner algo de orden en un desbarajuste monumental, sacando y metiendo un mango que sobresalía de un montón de chatarra, herramientas, paneles y conos rojos y blancos.

—¡Pero bueno! ¿Nos vamos sin despedirnos? —le pregunté.

No dejó lo que estaba haciendo enseguida. Pensé que no me había oído.

—¿Ya han terminado, está listo, solucionado? —insistí—. ¿Se marchan?

Por fin se dio la vuelta, suspirando.

—No debería quedarse, señor.

Se bajó de un salto de la furgoneta y, antes de cerrar las puertas, lanzó el casco a su interior.

—Es que vivo aquí —le contesté, señalando mi edificio con el dedo.

—Ya sé dónde vive, pero se lo repito, no debería quedarse. No está bien.

—¿Cómo que no está bien? ¿Y adónde quiere que vaya?

Sacudió la cabeza y, sin decir más, fue a sentarse al volante. Yo me quedé parado frente a él, esperando una explicación, mientras se liaba un cigarrillo. Luego giró la llave en el contacto y, antes de volver a cerrar la puerta, dudó un momento y se inclinó hacia mí. Aún volvió a echar una ojeada a su alrededor, como si temiera ser oído.

—Por debajo está todo hueco —me dijo en un susurro, señalando hacia el suelo con el índice.

—¿Hueco?

—No se lo imagina...

—Pero ¿cómo es eso?

No dijo nada más. Me hizo un pequeño gesto con la mano, en señal de adiós, cerró de golpe la puerta y la furgoneta arrancó penosamente. Me quedé plantado en la acera, en medio de una nube de humo. Creo recordar que en ese momento compadecí a aquel pobre muchacho. Pensé que, de estar todo el día agarrado a la perforadora, debía de tener un buen jaleo montado en la cabeza.

Sin embargo, en los días que siguieron volví a pensar en ello. Empecé a hacerme preguntas. Y después ya no tuve que preguntarme nada, porque de repente todo se hizo claro. Una mañana, vi un grupo de gente al final de la calle. Sólo cuando me acerqué descubrí el agujero alrededor del cual se congregaban. Abarcaba todo el ancho de la acera y todavía invadía un metro largo de calzada. Debía de tener por lo

menos un par de metros de profundidad, así que para entrar a la panadería —era peligroso— había que caminar por una tabla que hacía las veces de pasarela. Jeff también estaba allí y, al verme, se acercó para contarme que se había hundido durante la noche, con un gran estruendo, y que él lo había visto en primera fila porque dormía en la parada de autobús que estaba justo enfrente. Charlamos un poco más y luego se fue guiñándome el ojo, porque quería aprovechar el que hubiera tanta gente a mano al mismo tiempo, y por una vez sin demasiadas prisas, para hacer una pequeña colecta.

Aquello se convirtió en el nuevo tema de conversación en los comercios y en los bares, y hasta me parecía que los del Terminus estaban inquietos. A todo el mundo le parecía una suerte que hubiese ocurrido de noche, porque por el día pasaba mucha gente por ese lugar. Sin embargo, aunque no nos atrevíamos a confesarlo, en el bar, entre cacahuete y cacahuete, en el fondo, muy en el fondo, allí donde se pudren los buenos sentimientos, todos lamentábamos un poco que no hubiese nadie en aquel agujero. No sabíamos por qué, no nos enorgullecíamos de ello, pero era como si nos faltase algo.

Hubo un segundo hundimiento, el mismo mes, en un callejón. De nuevo, en un lugar donde el suelo ya había dado muestras de debilidad. Un segundo agujero, aún más profundo que el primero, y esta vez en pleno día. Por suerte, la calle estaba desierta, eso es lo que dijo todo el mundo: «Menos mal que la calle estaba desierta...».

Y cuando ya empezábamos a cansarnos, apenas una semana después, hubo un tercero. Esa vez, en el parque. Nos acercábamos al meollo de la cuestión.

LA SEÑORA DOUCHKO, la portera del 19, era una santa, consagrada en cuerpo y alma a su precioso edificio decimonónico y a la total satisfacción de sus moradores (también ellos un poco decimonónicos). Además de limpiar el portal, encerar las escaleras, recibir el correo, distribuirlo, sacar el cubo de la basura, volver a meterlo, echar a los indeseables, difundir rumores y otras mil cosas que ejecutaba con una conciencia profesional y un celo ejemplares, también hacía infinidad de pequeños pero valiosísimos favores a los habitantes del edificio e incluso a la gente del barrio. A ella nada le venía mal, bastaba con pedírselo amablemente. Y la mayor parte de las veces ni siquiera hacía falta pedírselo: ella ya se había ofrecido. Así, hacía la compra para la gente mayor y la que no tenía tiempo de hacerla, o ganas. Limpiaba, planchaba, regaba las plantas y daba de comer a las mascotas. Pasaba largas horas esperando a repartidores, fontaneros, pintores y miembros de todas las profesiones. Pero sobre todo era una joya con los niños, que le encantaban y además se le daban de maravilla. A muchos los llevaba al colegio o a la guardería e iba a buscarlos por la tarde, y también a la hora de comer a algunos. A estos les hacía la comida porque la del comedor no les gustaba o, según las madres, les provocaba granos. Por echar una mano, de vez en cuando también se quedaba con ellos cuando los padres salían o querían estar solos, o si se tomaban unos merecidos días vacaciones. Y todo esto, la santa, a pesar de su pie deforme y encima sin aceptar nunca ningún tipo de remuneración. Y no era que pretendiese hacerse de rogar. Había que ver su mirada furibunda y cómo se ofuscaba cuando alguien intentaba darle dinero en señal de agradecimiento. Creo que era el único motivo por el que se podía llegar a perder la amistad con ella. Insistir significaba correr el riesgo de disgustarla para siempre. «No lo hago por dinero», decía. Y ese principio era para ella intocable. Hasta el aguinaldo estaba fuera de cuestión. «Para mí, valen mucho más vuestros buenos deseos». Tenían que llevarle una virgen de Lourdes, si se presentaba la ocasión; una imagen del Papa, si iban a Roma; un pequeño crucifijo o un rosario, si visitaban una catedral; cualquier cosa, una baratija, con eso bastaba. La gente se quedaba toda azorada, se deshacía en agradecimientos y le prometía todas las imágenes pías del mundo, crucifijos de oro y rosarios preciosos. Pero el tiempo pasaba... No iban a menudo a Lourdes, casi nunca a Roma, y tampoco había catedrales en todas las esquinas. Obviamente, ningún objeto de los que se pueden encontrar en las Seychelles le habría gustado y, al final, a fuerza de romperse la cabeza buscando algo que pudiera agradarle, la gente acababa por pensar que le echaba un poco de morro al ser tan exigente en vez de aceptar un billetito, con lo que todo el mundo se habría quedado tan contento y que no se hable más.

Yo, en cualquier caso, nunca le pedí nada, de modo que no tengo nada que reprocharme, mi conciencia está tranquila. Yo sólo le llevé un gato perdido, un día, nada más, porque me habían dicho que ella los recogía. Me lo agradeció ofreciéndome un café, fue entonces cuando la conocí. En su casa había un fuerte olor a grasa y a pis de gato. Hay que decir que, con todo el trabajo que tenía, no debía de

quedarle mucho tiempo para ocuparse de su vivienda. Era oscura y estaba tan llena de baratijas, imágenes y postales, sobre un fondo de tapicería con floripondios, que al cruzar la puerta me entraron mareos. En las estanterías había muñecas de porcelana en cajas de plástico, calentadores de cama colgados de la pared, un Cristo y una Torre Eiffel, la Última Cena y el calendario de los bomberos, y una gran concha con labios de color rosa. Y entonces le puse la mano en el muslo. No hizo falta que fuera más explícito. Me dio lo que yo quería. Sin placer, amablemente, por hacerme un favor. Era muy servicial. Creo que estaba haciendo un esfuerzo, porque incluso llegó a suspirar un poco.

Seguramente podríamos haberlo repetido, en aquel momento o en otra ocasión, estoy seguro de que se habría entregado a mí de buena gana. Pero no me gusta abusar de la amabilidad de la gente, así que no volví a verla. Eso sí, le di la dirección a Jeff, por si alguna vez él, que se pasaba todo el día en la calle, se encontraba un gato perdido.

La veía de cuando en cuando en el parque, adonde me gustaba ir para tomar el aire. Buenos días, buenas tardes, sólo una sonrisa. Precisamente cuando ocurrió, yo estaba allí, y todo sucedió ante mis ojos.

Ella se había sentado en un banco enfrente de mí y, mientras vigilaba a los niños que le tocaba cuidar aquella tarde, daba de comer a los gorriones pan y semillas que había llevado. El cielo estaba cubierto y no había casi nadie en el parquecito. Sólo una pareja un poco más allá y un jardinero de rodillas, absorto en sus pensamientos. Yo no estaría a más de diez metros de ella cuando sucedió. Incluso recuerdo haberle oído decir a los niños: «Cinco minutos más y nos vamos...». Bruscamente, todos los pájaros que estaban picoteando levantaron el vuelo. Justo después hubo un rugido sordo, como un trueno a lo lejos. Pero no venía del cielo. Los dos miramos con inquietud hacia arriba y en ese preciso instante, bajo sus pies y alrededor de ella, la tierra se hundió en bloque, tragándose a ella con su banco y el de al lado por encima. Se levantó tanto polvo que no pudimos ver nada durante un buen rato.

Rescatamos del columpio a los niños, que tardaron un tiempo en volver a hablar. Tenían los mismos ojos grandes y asustados que los gatos cuando los bajan de un árbol.

Había que ver cómo se quedó el parque después de esa, con aquel cráter en todo el medio. Al asomarse, se entendía por qué la portera no había salido sin más, un poco arañada, con el moño deshecho, diciendo: «¡No ha sido nada!». Bastaba con asomarse para comprenderlo. Además, el fondo del agujero —un poco como pasa con los embudos— no debía de ser en realidad el fondo, ya que nunca la encontraron. La señora Douchko debió de caer bien abajo, porque por mucho que cavaron durante

tres días y tres noches para sacarla de allí y poder enterrarla como Dios manda, no hallaron más que uno de sus zapatos y una aguja de moño.

El día del funeral, a pesar de toda la gente que conocía, la iglesia estaba casi vacía. En cualquier caso, yo fui con Jeff. Nos sentíamos viudos. Lloramos por todos los que no habían podido ir. Y, curiosamente, Jeff lloró quizá aún más que yo.

Descanse en paz. La portera ya está en la escalera. Para siempre.

AQUELLO FUE UN duro golpe para la gente del barrio. Hasta entonces, ni se habían inmutado con lo de las grietas, pero las cosas ya empezaban a concretarse. Nada mejor que un buen ejemplo para comprender. Además, a partir de ese día, los padres se negaban sistemáticamente a llevar a sus hijos al parque, a pesar de los gritos y las lágrimas, de los pataleos y los juguetes estampados contra la pared. En aquella época, se veían osos que salían despedidos por las ventanas y las muñecas que andan aprendían a volar. Las mamaítas guapas a quienes habían regalado suntuosos collares de macarrones, a quienes habían escrito los más bellos poemas de amor, se convertían en el peor enemigo y blanco de todo tipo de proyectiles. Se acabaron los *mi papaíto querido*: puntapiés en la espinilla, cabronazo, puñetazos en las pelotas. «¡Al parque, joder! ¡Al parque! ¡Ahora mismo!»». Pero los padres aguantaban el chaparrón y se mantenían inflexibles, dando siempre la misma respuesta: «El parque es demasiado peligroso». Y cuando pasaban junto a la verja, ataban bien a los niños en sus cochecitos, aceleraban el paso, trataban de distraerlos o les prometían, si se portaban bien, todas las chucherías con las que nunca se habían atrevido a soñar, tantas como para pudrirles los dientes hasta el hueso. Todos los medios valían para evitar el motín, pero cuando el ansia de jugar en la arena era más fuerte que nada, por mucho que les metieran miedo, que les contaran que allí los esperaba la muerte al final del tobogán, a menudo se negaban a dar un solo paso más, se dejaban arrastrar por el suelo o se aferraban a la verja como pequeños monos feroces. Y en las aceras asistíamos a interminables crisis de llanto.

Por cierto, que a mí aquello no me gustaba nada, eso de ver a los niños patalear de rabia y dar golpes con los puños en el suelo, sobre todo si me encontraba por los alrededores. No porque tuviera ideas inamovibles sobre su educación o sobre cómo deben comportarse, sino más bien porque cada día era más consciente de hasta qué punto había que evitar maltratar el suelo. Íbamos pisando huevos, algún día tendríamos que acabar admitiéndolo.

También intenté explicárselo a un obrero que me encontré en la calle Tourlaque y que, a juzgar por cómo se agarraba a su perforadora, no parecía ni sospecharlo. De nada me sirvió ponerme a chillar como un energúmeno y gesticular, tuve que lanzarle un puñado de gravilla para que por fin se fijara en mí y parase. «¿Es absolutamente necesario?», le pregunté. Él dejó su artefacto en el suelo y me miró fijamente. «Es decir... ¿No tiene más remedio que hacer eso?». Ni se inmutaba. «Porque así no vamos a arreglar nada, no se crea...». Por fin, se quitó los cascos antirruído que le tapaban las orejas. «¿Has acabado de dar por culo, gilipollas?», me dijo entonces. «Vaya con cuidado, por lo menos», me permití añadir. Entonces, se agachó a coger una piedra y amenazó con tirármela. Así que opté por alejarme, pues veía en su mirada que de nada servía insistir y que no era persona que se anduviese con miramientos. Aún me pareció oír a mi espalda otro «¡gilipollas!» que debía de estar dirigido a mí, antes de que toda la calle empezara a vibrar de nuevo.

Puede que yo no tuviera la autoridad de un capataz, pero eso no me impidió

hacerle las mismas recomendaciones a todos los obreros que me encontré en los días siguientes, que se mostraron igual de indiferentes a mis comentarios. Hay que decir que, desde el hundimiento en el parque, volvía a haber muchos. Estaban por todas partes. Tras sondear el suelo, habían llegado a la conclusión de que los hundimientos se debían a las cavidades subterráneas que se extendían por debajo de todo el barrio. Un verdadero gruyer bajo nuestros pies, oí comentar por ahí: galerías, conductos, túneles, todo hueco. Entonces volví a pensar, avergonzado, en lo que me había dicho aquel obrero, cuyas advertencias había tomado un poco a la ligera.

Como no quedaba más remedio que hacer algo, inyectaron hormigón en todos los intersticios, las fisuras y las grietas, para rellenarlos —la naturaleza le tiene horror al vacío, según parece—. «Como si se ponen a arar en el mar», comentó Jeff. «¡O a plantar cebollas!», añadí yo. Por cierto, que fue entonces cuando descubrí que en otro tiempo Jeff había sido capitán de barco. El caso es que nosotros observábamos lo que hacían más bien con escepticismo. Viendo lo que tragaba el suelo, nos preguntábamos dónde acababa aquello y si no estarían hormigonando el centro de la Tierra en vez de reforzar el subsuelo. Por otra parte, nadie hizo caso de nuestros comentarios, les dijimos bien alto lo que pensábamos, que eso no era solución, y más de una vez, pero a punto estuvo la cosa de acabar mal, por lo cabezota y susceptible que era aquella gente. Sin embargo, tampoco podíamos predicar con el ejemplo, eso hay que reconocerlo: por mucho que hablásemos, soluciones, lo que es soluciones, no teníamos.

A TODOS NOS chocó que las palomas y los gorriones de pronto se creyeran golondrinas, se congregaran por todas partes, en las antenas, en los canalones, y un buen día dejaran la ciudad como si fueran aves migratorias. A partir de mediados de octubre, no vimos ni un pájaro más. Los tejados y las estatuas habían perdido su plumaje. Los árboles se habían callado. Echábamos de menos los arrullos y los cantos matutinos. No se habían ido hacia el sur, qué va, aquellos pájaros pasaban del sol, no tenían plan de vuelo, sencillamente habían huido.

Los pocos que no habían tenido fuerzas para seguir a los demás, los viejos, los tullidos, se echaban a morir en el arroyo, sin hacer ruido, bajo las ruedas de los coches. Un día Jeff y yo vimos, acurrucado contra una rueda, uno de esos pájaros, con tan mala pinta que parecía un ave petroleada. Lo vimos estremecerse en espera de la marcha atrás que haría de él puré de paloma. Jeff, más optimista, me señaló que quizá habría suficiente espacio delante del coche como para que el conductor no tuviera necesidad de dar marcha atrás cuando se fuera. Yo era más escéptico.

—A mí me habría gustado ser una paloma —me dijo entonces.

—¿Ah, sí? —contesté, mirando de reojo la botella que estaba a sus pies, ya mediada.

—Parecen poca cosa, ¿sabes?, nos resultan repugnantes, las despreciamos. Yo he llegado a ver algunas peleándose por picotear en las mierdas de las aceras, en busca de granos que les resultan deliciosos. Pero tienen alas... Y con alas siempre se puede salir del paso.

—Esta, me extrañaría mucho —le contesté—, ni aunque tuviese dos pares.

—Si yo tuviera alas, te aseguro que no estaría aquí.

Al final, dejamos al pájaro, cuya suerte parecía estar echada, y proseguimos la conversación mientras paseábamos. Hacía algún tiempo que habíamos adquirido la costumbre de darnos una vueltecita juntos. Había conseguido convencerlo de que un poco de ejercicio seguramente le sentaría de maravilla, en vez de pasarse todo el santo día sin moverse. Lo admitió y creo que hasta le cogió el gusto, pues empezó a acompañarme todos los días en mi paseo por el barrio. En el modesto programa de puesta en forma que le había propuesto, también le recomendaba que bebiese menos. Era consciente de que, por el momento, le resultaría imposible dejarlo del todo, pero había tratado de hacerle comprender que, si se limitaba a un máximo de dos litros al día, pronto notaría los efectos benéficos. No sé si de verdad estaba convencido o si sólo se esforzaba por darme gusto, pero el caso es que me siguió el juego. «Es cierto que me pesan menos las piernas», había llegado a reconocer.

En el transcurso de nuestros paseos, Jeff me hacía pocas preguntas y hablaba mucho de sí mismo. Pero a mí me gustaba escucharlo. En varias ocasiones me sorprendí al descubrir que le había puesto la mano en el hombro. Su compañía me agradaba. Aquel día volvió a hablarme del sufrimiento de las palomas, que no nos merecen mejor opinión que las ratas, y de su repentina partida. «¿Sabes? No es buena señal», me dijo. Tuve que darle la razón, encogiéndome de hombros.

Cuando volvimos al punto de partida, el coche no se había movido y la paloma seguía pudriéndose en el agua del arroyo, junto a la rueda. Nos quedamos un ratito más lamentando aquel triste espectáculo, y ya íbamos a separarnos cuando apareció el dueño del coche. Abrió la puerta observándonos con aprensión y se instaló al volante. Jeff me miró apretando los dientes, íbamos a salir de dudas. Arrancó el motor. Oímos rechinar la caja de cambios y entonces me lancé a por la paloma. Me dieron ganas de vomitar. La sujetaba por ala, con la punta de los dedos; apenas se debatía.

—¿Y ahora qué hago con ella? —le pregunté a Jeff.

Observamos el coche, que antes de irse maniobró con dificultad varias veces hacia delante y hacia atrás.

—Dios te lo pagará —me dijo.

—Eso ya lo veremos.

«De todas formas, no va a aguantar», pensaba.

—Pues hasta mañana —le dije todavía.

Y subí por la calle hasta mi casa, con mi cutrez de paloma entre las manos, como si fuera un pájaro exótico.

Como estaba convencido de que no iba a durar mucho, ni siquiera me tomé la molestia de bautizarla. La caja de zapatos donde la había instalado, al pie de mi cama, le serviría de última morada, me decía. Cuando llegase el momento, no habría más que ponerle la tapa, atarla y echarla a la basura. Durante dos días, su estado no dio lugar a grandes esperanzas. La única duda que me surgía cada poco tiempo era si había llegado o no el momento de poner la tapa. En todas las ocasiones, sin embargo, un estremecimiento le salvó la vida, o lo poco que le quedaba de ella. Yo empezaba a impacientarme. Había decidido concederle otro día, y ni uno más. Pero a la mañana siguiente, al ver que picoteaba unas miguitas que habían ido a parar por casualidad a su caja, se me ocurrió la idea de darle de comer, algo en lo que no había caído en los días anteriores, por lo desesperada que me había parecido la situación. También hay que decir que yo no era ningún experto en pájaros. Pero hice bien, creo yo, porque a partir de ese día su estado mejoró considerablemente.

No sé exactamente cuánto tiempo pasé sin salir de casa, consagrado por entero a mi inquilina, cuyos progresos eran bastante alentadores desde que se alimentaba. En ese lapso, el teléfono sonó varias veces, pero no lo cogí. También llamaban a mi puerta con insistencia. Oía a la portera y al tendero en el descansillo, y también otras voces que no reconocí. No les parecía nada normal que llevase tanto tiempo sin aparecer y hasta empezaban a notar con toda claridad el olor a cadáver que salía de debajo de mi puerta. Me hacía gracia verlos tan preocupados por mí. Mientras tanto, yo me ocupaba de mi paloma.

Desde que vivíamos juntos, era a ella a quien me confiaba. Para más tarde, para cuando estuviera completamente recuperada, tenía incluso el proyecto de enseñarle algunas palabras fáciles, que ella pronunciaría a modo de respuesta. No hay ningún motivo, pensaba, para que la palabra sea un privilegio exclusivo del ser humano y del

loro. Sólo era cuestión de tiempo y paciencia. Hacer de ella una paloma mensajera era otro de los ambiciosos proyectos que le reservaba. Pero cada cosa a su tiempo.

Día a día, iba recuperando sus colores. El plumaje del cuello recobró poco a poco sus reflejos verdes y morados. Le había cambiado la caja para que estuviera más cómoda y pudiera dar unos pasitos. Las virtudes del ejercicio también son válidas para las palomas. Finalmente, como estaba cada vez mejor, la dejé libre por el piso, que ella recorría de punta a punta moviendo sus patitas rojas, con sus andares ridículos. Lo único que seguía preocupándome era que parecía incapaz de volar. Apenas batía las alas de cuando en cuando sin moverse del sitio. Pero, de cualquier modo, había salido del paso.

Se puede decir que volví en mí y recobré la noción del tiempo que había pasado cuando una mañana echaron abajo mi puerta a hachazos y me encontré todo pasmado frente a tres bomberos, que en el mismo impulso bien podrían haberme abierto también la cabeza, al verme en tan buena forma, con cara de preguntar qué mosca les había picado para ir por ahí entrando de esa manera en casa de la gente. Detrás de ellos, en el descansillo, había algunas personas que esperaban para saber de qué me había muerto y hacía cuánto tiempo ya. Menuda cara de mosqueo se les quedó cuando, a través de la puerta destrozada, me vieron vivito y coleando, con mi paloma al hombro. Los saludé con la mano para que se quedaran más tranquilos.

Aún tardé otros dos días en volver a salir, por fin, con mi pájaro, y acercarme hasta la plaza. Cuando divisé a Jeff, a lo lejos, me enternecí y aceleré el paso. Todavía estaba a unos metros de él cuando me gritó:

—¡Pero bueno! ¡Estaba preocupado! Me habías dicho hasta mañana...

—Ya lo sé, pero...

—¡Ya pensaba que se había muerto!

—Tranquilo, todo va bien, ya lo ves.

Siguió haciéndome reproches un rato, luego se calmó y me soltó el aluvión de preguntas que le quemaban los labios. Si ya volaba, si comía bien, si le había puesto nombre. Me escuchó con atención hasta que, en un momento dado, me di cuenta de que su rostro se había ensombrecido. Al final, me interrumpió: «¿Sabes? Han pasado cosas durante tu ausencia...».

Yo, que había salido con el corazón casi liviano —algo que me sucedía en muy contadas ocasiones—, me quedé de piedra con lo que me contó. Ya nos habíamos habituado a las torceduras de tobillo, a los tropezones al meter el pie en los boquetes que no paraban de formarse por todas partes. Nos habíamos acostumbrado, qué remedio. El suelo nunca volvería a ser lo que había sido, había que adaptarse a ello. Nos consolábamos diciendo que había gente mucho más desgraciada que nosotros y

que haríamos mal en quejarnos. Precisamente gracias a ellos, a los más desgraciados, manteníamos la esperanza cada vez que estábamos a punto de perderla. Pensar en ellos nos consolaba un poco, y nos decíamos que a fin de cuentas tampoco estábamos tan mal y hasta teníamos suerte. Pero con lo que acababa de ocurrir, empezábamos a tener dudas. Ya habían perdido la vida tres personas y había otras dos de las que no se había vuelto a tener noticias, me contó Jeff. Tres en el espacio de una semana. Quise verlo con mis propios ojos y fuimos a los lugares donde habían sido engullidos aquellos transeúntes. Pero, ya allí, no vimos gran cosa, por culpa de las vallas que los rodeaban, impidiendo el paso. Sólo ramos de flores que la gente había depositado junto a los agujeros. Nos informamos un poco para saber de quién se trataba. Nos lo dijeron. No conocíamos a aquella gente, ni Jeff ni yo.

En el camino de vuelta, casi no hablamos, no sabíamos qué decirnos. Nos paramos a recuperar el aliento, ya que íbamos cargando con todo el equipaje de Jeff, del que no se separaba nunca. Cuatro enormes bolsas de plástico llenas a reventar. Por cierto, que sospechaba que me había encasquetado las que pesaban más. «Ahí dentro llevo toda mi vida —me explicó—, todo lo que poseo. En el fondo de una de ellas, ya no sé cuál, debe de estar mi uniforme de comandante de a bordo. Un día de estos, recuérdame que te lo enseñe». Al reemprender la marcha, con las asas de las bolsas clavadas en la carne, me pregunté si no habría metido también algún mueble.

«¡Hay que ver el instinto animal!», pensé entonces. Apenas habían abandonado la ciudad los pájaros y ya se explicaba todo. También los aullidos de los perros cuando sus dueños se ausentaban y sus quejidos cuando los obligaban a salir y para que se moviesen había que tirar de ellos como si fueran burros. Fuimos todo el camino en silencio. Hay que decir que estábamos un poco afectados. No lo reconocíamos, pero por primera vez creo que, sencillamente, teníamos miedo.

De vuelta a la parada de autobús, me di cuenta de que la paloma se había aliviado en mi hombro. Me esperaba que Jeff se burlara de mí y que al menos nos echásemos unas risas. Pero ni siquiera sonrió. «Se caga de miedo —me soltó—. Esa sí que sabe lo que se nos viene encima». Y así nos despedimos.

ALGUIEN CAMINA DESPREOCUPADO por la calle y de pronto se cae en un agujero. Es el gag más antiguo del mundo y, sin embargo, ya no le hacía gracia a nadie. Hasta quienes tenían un sentido del humor a prueba de bomba se habían hartado de ese tipo de coñas. El vendedor de artículos de broma de la calle Montcalm, por ejemplo, era un caso patológico: todo le hacía gracia. No había dejado de descojonarse ni siquiera en los momentos más difíciles de su vida. Los amantes de su mujer le parecían la monda. Si iba a visitar algún enfermo, le llevaba de esos caramelos que hacen mear azul. Y, con toda la seriedad del mundo, declaraba que el uso del cojín tirapedos en los velatorios le había permitido distender el ambiente en varias ocasiones. Es más, había consagrado toda su vida únicamente a eso: a distender el ambiente, caca culo pedo pis. Era una especie de camicace del cachondeo. Y, encima, siempre se salía con la suya.

Recuerdo también que, cuando comentamos en el Terminus el drama del parque, le había resultado imposible contener una carcajada, lo que nos dejó de piedra. Una señora gorda cayéndose al fondo de un gran agujero, como es natural, le había parecido algo irresistible. Pero no duró mucho. Él, que sin embargo creía en la comedia de repetición, pronto se cansó de los hundimientos que se produjeron después. Y desde que delante de su tienda se cuarteaba el asfalto, se le habían quitado las ganas de partirse de risa cada dos por tres. Se rumoreaba que tenía una depresión. Y es cierto que al pasar por la calle, cada vez era más frecuente verlo de pie tras la puerta, entre serpentinas, gorros de fiesta y matasuegras, mirando fijamente hacia fuera, con cara de notario.

En cuanto a sus clientes, salían cada vez menos, como todo el mundo, y desde luego no para comprar peladillas con sabor a mostaza. De modo que ya no le veía el pelo a ninguno, lo que tampoco arreglaba las cosas. La gente no tenía ánimos para dulces con sorpresa, jabones de color negro o chicles con pinza. Como estábamos en la mierda, pero de verdad, los zurullos de coba ya no nos parecían muy originales.

La transformación era asombrosa. El antaño vivalavirgen se había vuelto sencillamente siniestro. Y si el suelo había acabado con este hombre, qué decir del efecto que producía en los demás.

DURANTE UN TIEMPO, procuramos hacer como si nada, pero nuestras dotes interpretativas dejaban mucho que desear. Teníamos miedo de salir, teníamos miedo de quedarnos en casa. Todo se volvía infinitamente complicado y peligroso.

Uno siempre arriesga un poco la vida al cruzar la calle, pero en nuestra situación casi se había convertido en una heroicidad. De toda la vida, teníamos la costumbre de mirar a izquierda y derecha, y de nuevo a la derecha, antes de aventurarnos a cruzar. Los más prudentes incluso repetían estas comprobaciones una o varias veces seguidas antes de dar el primer paso. Pero ya no bastaba con estas precauciones. El asfalto cuarteado a veces disimulaba verdaderos abismos. De modo que no había que olvidarse de ir mirando siempre al suelo, para asegurarse de que la calzada no iba a ceder justo en ese momento. Pero, para colmo de males, mientras se examinaba con atención el pavimento, alrededor nada permanecía nunca en el mismo sitio, la vida seguía. Coches que un segundo antes no estaban ahí de pronto se acercaban peligrosamente, lo que de nuevo obligaba a mirar a izquierda y derecha. Pero tampoco entonces se podía cruzar, porque ya no alcanzaba con mirar sólo a izquierda, a derecha, a izquierda, al suelo, de nuevo a izquierda y derecha, y otra vez a la izquierda. Con todos aquellos edificios resquebrajados, cada vez teníamos más miedo de que se desprendiese algún fragmento de las fachadas o los tejados. Por ello, aparte de todo lo demás, antes de dar el menor paso, resultaba absolutamente imprescindible alzar la cabeza para estar seguros de que, al pisar la acera de enfrente, no iba a caérsenos encima un trozo de cornisa o la mitad de un balcón con sus macetas de flores. Como es lógico, estos problemas volvían a surgir constantemente. Al tomarnos el tiempo de mirar hacia arriba, las comprobaciones anteriores se quedaban obsoletas, por lo que había que volver a empezar desde el principio y aquello no se acababa nunca. De nada servía ejecutarlas en un orden distinto, no había manera. No lográbamos mirar hacia un sitio y hacia otro al mismo tiempo, a no ser que cruzáramos en grupo, lo que permitía repartirse las tareas.

No hay que tomarse a risa estas precauciones ni pensar que todo el mundo se había vuelto loco. Varios se dejaron así la vida: los que miraban a un lado mientras el peligro llegaba por otro; los obnubilados por el suelo que no vieron lo que les caía encima; o los que, en cambio, sólo miraban al cielo mientras la tierra se abría bajo sus pies.

A todo se acostumbra uno, es cierto, y al final, con un poco de concentración y de paciencia, quizá nos habríamos habituado a esta nueva forma de cruzar la calle. Pero, por si eso era poco, hay que añadir que los coches ya no se paraban ni en los semáforos ni en las señales de *stop*. Es un detalle que cuenta. Esto se debía a que los conductores, por su parte, tampoco las tenían todas consigo. Y, como el suelo les inspiraba tan poca confianza como a los peatones, evitaban en la medida de lo posible detenerse mucho tiempo en el mismo sitio y no aminoraban a no ser que se vieran obligados a ello. La pesada inmovilidad era lo que más temían, por encima de todo. A veces, teníamos la impresión de asistir a una gran carrera por las calles; otras, se

producían atascos interminables, cuyos cláxones lastimosos se oían hasta la madrugada. Y tampoco había mil maneras de cruzar. Era mejor no dudar e ir al grano. Hacía tiempo que pasábamos de los hombreritos rojos y verdes. Nos guiábamos por el instinto. Los más arrojados retrocedían unos pasos para coger impulso y, con un gran grito, se lanzaban al abordaje de la acera de enfrente. Más de uno se partió los dientes con ese juegucito, los dientes y algo más. Pero a menudo era la única solución. Si no, no se cruzaba nunca, como los viejecitos que a veces encallaban al borde de la acera y se pasaban horas esperando el momento ideal o, por lo menos, el brazo de alguien. Pero nadie los ayudaba, bastante complicada era ya la cosa. Además, en caso de hundimiento, se corría el riesgo de ser engullido con ellos, cogiditos del brazo. Así que los ancianitos se quedaban allí, al borde de la calzada, delante de pasos de cebra en los que aún creían, moviendo la cabeza de forma incoherente e intentando desesperadamente mirar a izquierda, a derecha, de nuevo a izquierda, al suelo, al aire y todo al mismo tiempo. Por eso era tan frecuente verlos llorando en las aceras.

Yo a veces me encontraba por el camino viejecitos de esos, superados por los acontecimientos, y los acompañaba a su casa, explicándoles que no servía de nada quedarse allí esperando y cogerse semejantes berrinches, diciéndoles que ya cruzarían al día siguiente, o al otro, que había que tener paciencia y que las cosas acabarían arreglándose, no debían dudar de ello. Resultaba bastante convincente, me parece, aunque yo era el primero que lo dudaba. Cuando me separaba de ellos, parecían más tranquilos, daban la impresión de haberlo entendido. Sin embargo, al día siguiente, cuántas veces los volvía a encontrar en el mismo sitio y con el mismo berrinche.

Una cosa que había cambiado era que ya nadie vagabundeaba por la calle. Perder el tiempo era arriesgarse a perder la vida. La gente iba a lo esencial, rápido. Vistos desde arriba, debíamos de parecer hormigas después de que alguien metiera el pie en el hormiguero. Jeff y yo, sin embargo, no habíamos cambiado de ritmo. ¿Para qué? Además, yo no me sentía capaz. Como era un lío cruzar, una vez del otro lado, me quedaba allí una buena parte del día, que solíamos pasar sentados en la parada de autobús, charlando. También mirábamos pasar a los bomberos, en una y otra dirección, y a veces incluso nos acercábamos hasta el parque, a esperar el regreso de los camiones para tratar de averiguar algo.

Había obras en todas las esquinas. Pero no era más que para tranquilizar a la gente, ya que, por mucho que apuntalasen por todas partes y rellenasen todo lo rellenable, no se puede decir que sirviera de gran cosa. Quizá únicamente para reírnos un rato cuando hacíamos preguntas a los ingenieros y nos contestaban como si lo hubiesen comprendido todo, pero nosotros nos dábamos cuenta de que tenían los ojos rojos y de que debían de esconderse en sus barracas a llorar en silencio porque no entendían nada de nada.

Y, de pronto, nos hartamos de estar todo el santo día mirando pasar a los bomberos. Además, de ver a todo el mundo correr a nuestro alrededor, nos entraban mareos. De modo que nos levantamos, nos arreglamos un poco y nos fuimos hasta el parque de bomberos, decididos a enrolarnos. No se puede decir que allí nos recibieran mal, ya empezaban a conocernos un poco, pero tampoco se puede decir que los embargara el entusiasmo cuando les ofrecimos nuestros servicios.

Para tratar de convencerlos, Jeff les explicó que no debían preocuparse por el uniforme y la disciplina, porque él había servido muchos años en la infantería de Marina y sabía lo que era. Y respecto a su condición física, les juró que estaba asombrosamente en forma y que incluso atravesaba como una segunda juventud, aún más vigorosa que la primera, y además con la sabiduría que da la edad, precisó. Era consciente de que no había que correr riesgos innecesarios. Yo lo escuchaba, estupefacto, mientras montaba su numerito. No habló más que de él, y ni una palabra para hacerme quedar bien. Cuando por fin se calló, a mí sólo se me ocurrió decir que estaba muy motivado, y punto. Y encima sonó falso.

La entrevista no duró mucho. Al final, tomaron nuestros nombres, sonriendo, y nos marchamos con un sentimiento extraño, sin saber si podíamos albergar esperanzas. Al menos es lo que yo sentía, al contrario que Jeff, que esperaba recibir noticias tuyas muy pronto. «Tampoco hay que embalsarse —le dije—, aún no está hecho». Y quise hablarle del comportamiento que había tenido, propio de un perfecto egoísta. Pero él estaba demasiado excitado para escucharme. «Al principio no iba muy bien —me dijo—, ¿te fijaste? Pero he visto que luego estaban impresionados. Siempre he sabido que las cosas acabarían arreglándose y, ya ves, ahí está, al final todo llega. Yo creo que me traes suerte, ¿sabes?». No contesté, pero de todas formas me halagó.

Cuando llegamos a la parada de autobús, yo ya había renunciado a hacerle ningún reproche, me daba cuenta de que no era el momento. Nos sentamos y me dijo: «Vamos a celebrarlo, viejo». Y se puso a rebuscar en una de las bolsas hasta sacar una botella: un rosado de Provenza que me mostró con elegancia, explicándome que lo había guardado para una gran ocasión. Yo me temía lo peor. Descorchó la botella con toda corrección valiéndose de su navaja suiza —una destreza que le venía de la época en que había sido sumiller— y, antes de llevarse el gollete a la boca, precisó: «Primero lo pruebo para ver si está bueno». Le hizo falta un tercio de la botella para estar seguro o convencerse de ello, luego soltó un largo suspiro de satisfacción y me la pasó. Yo dudaba un poco en probar su néctar, pero él no se dio cuenta, estaba en otra parte.

—¡«Salvar o morir», viejo! —me dijo—. ¿A que es bonito? ¡«Salvar o morir»! Oye, pero ¿te das cuenta?

—Tampoco hay que embalsarse, le repetí.

QUIEN TIENE UNA paloma a su cargo ya no ve las cosas de la misma manera. El sentido de la responsabilidad me había caído encima con todo lo demás. ¿Qué sería de esa ave si me ocurría alguna desgracia? Ella, que sigue sin decidirse a volar, que sólo come de mi plato, nunca me sobreviviría, pensaba, y ese asunto comenzaba a obsesionarme.

—Contéstame con franqueza —le pregunté a Jeff—. Si me ocurriera algo, ¿te ocuparías de ella?

Pareció sorprendido por mi repentina gravedad.

—Por supuesto que me ocuparía de ella, eso ya lo sabes.

Después me devolvió la pregunta.

—Y si a mí me ocurriera algo, ¿te ocuparías de...?

Pero se interrumpió, recordando que él no le era indispensable a nadie, ni siquiera a una paloma.

—De mí, me ocuparía de mí —le dije entonces para consolarlo un poco—, no te preocupes. Y, además, ¿por qué iba a pasarnos nada?

De vez en cuando nos entraban angustias de este tipo. Cada vez más a menudo, la verdad, cuando menos nos lo esperábamos. «El miedo es como la solitaria —me decía Jeff—, se aloja en las tripas. Y para eso sólo hay un remedio: el vermicida». Y puntuaba su frase con un ruido como de succión antes de ponerse a chupar de la botella. Aunque yo no acababa de cogerle el gustillo a su remedio, tampoco me negaba a tratarme, y hay que reconocer que era de una cierta eficacia. Después de unos tragos, enseguida nos sentíamos mejor, mucho más tranquilos, y entonces pasábamos horas y horas hablando de los tiempos de las grietas, los buenos tiempos de las grietas, que ya nos parecían tan lejanos y de los que conservábamos un recuerdo nostálgico. Cuando el suelo se hunde, te agarras a cualquier cosa.

Cada vez que oía acercarse a los bomberos, Jeff tenía el mismo reflejo: se enderezaba, se pasaba la mano por el pelo y se apresuraba a esconder la botella para no causarles mala impresión, decía, y perder puntos. Él seguía albergando esperanzas, estaba convencido de que cualquier día, en vez de pasar de largo, se pararían para anunciarnos que ya éramos de los suyos.

Mientras se iba hundiendo, nosotros rehacíamos el mundo, era o ahora o nunca. Yo volvía cada vez más tarde a casa y no siempre en el mejor estado. De nada servía que me quitara los zapatos y caminara de puntillas todas las noches, siempre me caía la misma bronca.

—¿Son estas horas de llegar? —me decía yo al franquear el umbral de la puerta.

—Estaba con Jeff.

—¡Y, encima, apestas a alcohol!

Y me tocaba aguantar interminables reprimendas hasta que me quedaba dormido.

Pero, al día siguiente, lo olvidaba todo y volvía a las andadas. Con el tiempo, nos tomamos las cosas con un poco menos de dramatismo.

Cuando nos aburríamos y teníamos ganas de un espectáculo a lo grande,

bajábamos hasta la avenida. Allí las cosas estaban por el estilo que aquí, sólo que mejor, aún más animadas. Éramos conscientes de que corríamos riesgos al ir allí, pero sólo por asistir a un parte amistoso habríamos caminado kilómetros. Los coches chocaban con tanta frecuencia que ya nadie perdía un tiempo precioso en marcar con cruces todas las casillas, en dibujar cuidadosamente vehículos A y vehículos B, flechitas para aquí y flechitas para allá. Con unos cuantos puñetazos en la boca bien dados, el conductor del vehículo A por lo general lograba convencer al conductor del vehículo B de que había tenido toda la culpa, o viceversa. Estos asuntos se arreglaban entre hombres, y si se trataba de una mujer, aún más fácil. Siempre ocurría en el mismo cruce, y nosotros nos habíamos buscado un sitio ideal, una especie de tribuna de honor que nos permitía pasarnos días enteros sin movernos, apostando por nuestros favoritos. En una ocasión, por ejemplo, en el transcurso de unas cuantas horas, pudimos asistir a más de diez choques exactamente en el mismo lugar. A veces, ya estaba decidido antes de empezar: desde el momento en que los coches colisionaban, ya sabíamos quién iba a ganar, cuestión de corpulencia. Pero tampoco era un indicio infalible: más de una vez nos sorprendió ver a un tirillas resistir el ataque de un coloso o a viejecitos salir airosos frente a jóvenes que daban duro. En este tipo de sorpresas residía todo el interés del espectáculo, por eso íbamos tan a menudo.

¿Hay que precisar que estando sobrios todo eso no nos divertía? Al contrario. Por ello, cada vez era más raro que lo estuviésemos. Así que, a pesar de todo, nos lo pasábamos bomba.

En medio de aquel caos, hasta los maderos empezaban a perder la sangre fría, y regulaban la circulación a base de patadas en los flancos de los coches y en los retrovisores. Y no era cosa de quejarse, porque a la mínima te atizaban con la porra. Había que circular y punto, circular costase lo que costase. No estaba la cosa para bromas, a más de uno lo molieron a palos por haber puesto mala voluntad o simplemente por aparcar en doble fila. Se contaba que hasta le habían disparado a un perro para enseñarle dónde tenía que hacer sus necesidades. Otros dicen que a quien dispararon fue al dueño. Nunca lo sabremos. Más vale no indagar. Nosotros, la verdad, nunca tuvimos motivo de queja, nos andábamos con mucho cuidado y no se metían con nosotros. Al contrario: como sabían que eran bien recibidos en la parada de autobús, que siempre había una botellita al fresco para ellos, al final de su jornada muchas veces se pasaban a vernos. Nosotros notábamos que necesitaban hablar. Nos contaban, por cierto, cuánto lo sentían por dejarse llevar en ocasiones. En realidad, no es que fueran mala gente, sólo que estaban al borde de un ataque de nervios, como todos.

Y entonces, de pronto, se nos pasaron las ganas de reírnos. De un día para otro, sin saber por qué, empezamos a tener el vino triste. Sin embargo, nada había cambiado

en nuestras costumbres, nos manteníamos fieles al mismo tinto peleón, aplicábamos la misma posología. Recuerdo una vez que subíamos de la avenida, donde habíamos pasado de nuevo la tarde. No hablábamos, íbamos mirando en dónde metíamos los pies.

—¿No dices nada? —le pregunté a Jeff.

—¿Qué quieres que diga?

—Qué sé yo, normalmente dices cosas...

—Ahora no tengo nada que decir.

—Pues yo tampoco.

Luego nos paramos un momento, porque yo no me encontraba bien. Sudores fríos, la nuca rígida y algo en el estómago. Como al cabo de un cuarto de hora seguía en el mismo estado, Jeff me dijo que tenía que meterme los dedos en la garganta, que era mano de santo y me sentiría mejor enseguida. Yo no quise, pensaba que bastaría con esperar un poco más y se me acabaría pasando. Respiré profundamente durante un buen rato, pero no se arregló. Entonces, yo no sé qué vena le dio, Jeff se lanzó bruscamente sobre mí y, estrangulándome con un brazo, me sujetó la cabeza contra él mientras me tapaba la nariz. Y, cuando abrí la boca para no ahogarme, aproveché para meterme la mano hasta el fondo de la garganta. Creí que me moría y en el mismo instante lo vomité todo en sus zapatos. Nada más que vino y vergüenza.

Aquella me la guardó durante mucho tiempo. Parece ser que se trataba de unos zapatos ingleses, cosidos a mano, hechos a medida y toda la pesca, y sólo uno de ellos, puntualizó, encolerizado, valía más que todos los pares que yo había gastado en toda mi vida. Es cierto que le quedaron unos cercos blancos bastante raros. Parecía como si hubiera estado caminando por la nieve. «Así tendrás un recuerdo mío cuando yo no esté», le dije, para pillarlo por los sentimientos. Y funcionó. «¡Imbécil!», me contestó. Y nos fundimos en un abrazo llorando como dos magdalenas. Qué asco de día.

«¡Este vino está adulterado!», exclamó, cuando reemprendimos la marcha. «No vamos a tomar más de este, nos pone raros». Yo, por mi parte, trataba de sorberme los largos hilos de moco que me colgaban de la nariz.

A ESE RITMO, los más débiles no aguantaron mucho tiempo. También en su cabeza se iba hundiendo todo. Hasta los que ya no salían, con objeto de evitar cualquier riesgo, poco a poco acabaron por perder el norte. Había una señora mayor que bajaba regularmente a la tienda de animales de al lado y salía con un perrito, un gatito o un conejillo de Indias. Al parecer, nunca decía palabra, nos lo contó Guison, el dueño de la tienda. No nos sorprendía, porque la conocíamos algo y era maja, pero ya chocheaba un poco. Nos decíamos que se sentiría sola, que seguramente necesitaba compañía en aquella época atormentada y que los animales tranquilizan a la gente mayor. Guison también se daba cuenta de que se le iba un poco la olla, pero como los negocios no marchaban demasiado bien, no le hacía preguntas y era muy servicial con ella. La cosa siguió así algún tiempo, hasta que un día por fin habló. Acababa de elegir dos hámsters, señalándolos con el dedo. «¿Desea alguna otra cosa, señora?», preguntó el vendedor cortésmente. «¿Le importaría limpiármelos y deshuesarlos?», contestó ella con toda la naturalidad del mundo. Era la primera vez que Guison oía su voz.

Esto le produjo tal impresión que aquella misma noche, cuando ya había oscurecido, abrió las jaulas en la calle. Para fuera todo el mundo, sin protestar: reptiles, roedores, gatos, perros, pájaros. Y no sé qué pasó a continuación, quién empezó, quién atacó a quién, pero el caso es que hubo en la acera un ajuste de cuentas de mucho cuidado. Es probable que los reptiles se ocuparan de los roedores, que los gatos saltaran sobre los pájaros y que los perros se fueran a por los reptiles. Seguramente todo empezó así, o por lo menos es una hipótesis. Qué pasó después, no tengo ni idea. Se arreglarían entre ellos para repartirse a los últimos, y los últimos de los últimos probablemente se mataron entre sí. ¿Quién sobrevivió? Yo no lo sé. A la mañana siguiente, no encontramos en la acera más que unos cuantos mechones de pelo, algunas escamas y preciosas plumas de colores. En cuanto a Guison, no volvimos a verlo nunca.

Con este panorama, no resultaba sencillo guardar las apariencias. Habíamos probado con otros vinos, pero no sirvió de gran cosa. En el supermercado, hasta nos habíamos dejado tentar por las hermosas botellas que nos miraban por encima del hombro cuando pasábamos, por las etiquetas bonitas y los castillos con nombres como poemas. Podíamos permitirnoslo, porque con Jeff siempre era la semana del vino: «Por la compra de una botella, otra botella gratis», decía, deslizándose bajo el abrigo. Y a veces, cuando teníamos mucha sed, aprovechábamos sus ofertas especiales: «Por la compra de una botella, dos botellas gratis», y hasta tres si todavía le cabían. Y cuando pasábamos por caja y se oía su tintineo, yo me miraba los pies, temblando como un flan.

Pero, a pesar de los riesgos que corrimos, volvimos a llevarnos una decepción. Incluso los néctares de los que esperábamos que al menos nos arrancasen una carcajada nos sumergían, por el contrario, en un estado de desesperación tal que preferíamos vaciar las botellas en la alcantarilla.

Entonces, probamos a beber menos, casi nada y nada de nada. También a beber el doble, a ver qué pasaba. Hasta nos dimos a la limonada, pero era todavía peor, porque nos hacía cosquillas en la nariz y las lágrimas nos venían con más facilidad todavía. Se puede decir que lo probamos todo, pero al final, de tantas experiencias tuvimos que extraer la conclusión de que el problema estaba en otra parte.

—Si no es el vino lo que nos pone tristes, entonces, ¿qué es? —le pregunté a Jeff—. ¿No será lo que comemos o el aire que respiramos?

—Vete tú a saber...

A base de decepciones, al final volvimos a nuestro vinito de mesa, a nuestro vinito de parada de autobús. Seguía siendo el que mejor nos sentaba.

Yo nunca me había hecho la más mínima ilusión respecto a nuestro futuro en el cuerpo de bomberos. Estábamos tan acostumbrados a verlos pasar como un torbellino, a oír las sirenas aullando, que ya ni le prestábamos atención. Jeff, por su parte, evitaba tocar el tema, debía de serle demasiado doloroso. Pero un día, en vez de pasar de largo, aminoraron y se detuvieron a nuestra altura. En aquel instante, también yo tuve una esperanza. Jeff me puso una mano crispada en el muslo. Contenía la respiración. Cuando se abrió la puerta del camión, vimos brillar un casco, parecía como si fuera a desembarcar un conquistador. Pero el hombre no se bajó. Solamente nos dijo: «¡No os quedéis ahí, tíos, es peligroso! Volved a casa...». La puerta volvió a cerrarse y se marcharon. «Así, al menos sabemos a qué atenernos», le dije a Jeff. Fue lo único que se me ocurrió para animarlo un poco.

En aquel momento no dejó entrever nada, pero le costó muchísimo aceptarlo y eso lo amargó. Aquellas botellas que antes escondía cuando los hermosos camiones rojos pasaban frente a nosotros empezó a tirárselas al parabrisas, siempre que tenía ocasión. Yo, por solidaridad, los insultaba un poco, pero bajito. Ahora teníamos mal vino.

ELLA ERA MI veleta y yo su campanario. Se pasaba el día sobre mi hombro y no se bajaba hasta que me acostaba, pero era para ir a instalarse en mi frente, donde pasaba la noche, lo que me obligaba a dormir boca arriba, para no causarle molestias. Mi despertar no siempre resultaba sencillo, porque a veces tenía los párpados tan pegados por sus excrementos que me costaba abrir los ojos. También pasaba noches moviditas, con dolores de muelas como para darme de cabezazos contra la pared. Es que resulta que yo dormía con la boca abierta y, cuando ella estaba con insomnio, le daba por creerse un pluviano y picoteaba entre mis dientes los restos de la cena hasta saltarme los empastes. Nadie tiene idea de lo que significa compartir la vida con una paloma. Gracias a Dios, vivía solo, algo de lo que me alegraba a menudo. Ninguna mujer, por muy enamorada que estuviera o por fea que fuera, habría apoyado la cabeza en mis almohadas llenas de cagarrutas. Y aunque en algún lugar hubiese existido una dispuesta a hacerlo o, quién sabe, quizá incluso deseosa, yo no tenía muchas esperanzas de encontrarla.

«Podrías pedirlo, en vez de soltarte sin más», le reprochaba con frecuencia. Pero no servía de nada. Yo sabía que no era a mala idea, ella hacía lo que podía, pero tampoco se le puede pedir la luna a una paloma. Jeff no estaba de acuerdo conmigo sobre esto y en más de una ocasión me había recomendado que tuviera un poco de mano dura con ella y le marcara unos límites.

Una mañana, después de soportar sus arrullos durante toda la noche, aparecí pálido y ojeroso. Jeff se pasó un buen rato mirándome, con una expresión extraña en la cara. Me di cuenta de que dudaba en hablar. Después, me tendió su pañuelo:

—Límpiate, tienes una cosa ahí, en la oreja.

—¿No hay nada de beber? —le pregunté.

Entonces me soltó lo que llevaba dentro:

—Te estás dejando, viejo, si no te importa que te lo diga.

Me encogí de hombros.

—¡Pero mírate! —continuó—. Te pareces a la vieja estatua del parque.

Es cierto que yo estaba en un estado penoso por culpa de la paloma, pero era precisamente porque trataba de inculcarle unos hábitos de higiene. Como no le gustaba estar con los pies en la mierda —no se la puede culpar—, a cada poco se pasaba de un hombro a otro, lo que me permitía rascar la porquería más gorda de un hombro mientras ella estaba en el otro. Luego volvía a instalarse en el lado limpio y yo frotaba el hombro que acaba de ensuciar, y así sucesivamente. Lo hacía para ser agradable con ella, como se cambia la paja de los establos, pero muy pronto me di cuenta de que no servía de nada seguirle el juego, porque era obvio que ella abusaba. Entonces se me ocurrió no volver a limpiar la chaqueta, con la esperanza de que, al imponerle esa incomodidad, comprendería por sí misma qué era lo que más le convenía y acabaría por comportarse como debe ser. Era un método probado, del que yo esperaba mucho, aunque tardase en dar sus frutos. La cosa estaba en no ceder el primero. Mientras tanto, ella se había marcado el primer punto, abandonando mis

hombros inmundos para ir a posarse en mi cabeza, de donde no se movía, confiando en que yo interviniera. «Ya puedes esperar —pensaba yo—, tengo más paciencia que una paloma».

Le expliqué todo esto a Jeff y ya de paso aproveché para refrescarle la memoria.

—Te recuerdo que fue por ti por quien un día recogí este pájaro en un estado lamentable. Te recuerdo también que ha estado a punto de morir y que, por tanto, hay que pasarle algunas cosas.

—Eso no tiene nada que ver —me contestó—. El problema, si no te importa que te lo diga, es que no estás preparado para dejarla volar con sus propias alas. ¡Eso es lo que falla!

Entonces, me harté de escuchar sus comentarios.

—¡Deja de darme la plasta tú también! —le solté.

Y me fui.

No tardé mucho en admitir que no le faltaba razón. Me bastó con una simple mirada en el espejo al llegar a casa. Unas horas más tarde, fui a buscarlo para pedirle disculpas, explicándole que todo se debía a que quería a aquel pájaro como a las niñas de mis ojos, y eso él lo comprendía. No me guardó rencor. Me tendió su pañuelo.

—Toma, límpiate, tienes una cosa ahí, al lado del ojo.

CUANDO LOGRÁBAMOS SERLE útiles a alguien, al menos durante un rato no nos sentíamos tan hastiados. Dábamos indicaciones a los transeúntes extraviados, no podíamos hacer más, pero ya era bastante. En aquel laberinto de calles y callejuelas destripadas, cortadas, de direcciones prohibidas, de desviaciones, abundaban cada vez más, sobre todo turistas que vagaban sin sus guías. A veces veíamos bajar de la colina de Montmartre rebaños enteros, y entonces sabíamos que había vuelto a ocurrir algo allí arriba y que, ya en el autobús, cuando les preguntasen si todo el mundo tenía controlado a su vecino de asiento, algunos se pondrían a chillar.

Debíamos de inspirarles confianza, a pesar de todo, a pesar de aquella paloma posada en mi cocorota y de los excrementos que algunos días formaban como un casco. Puede que hasta lo encontraran pintoresco, porque siempre venían derechos a nosotros para preguntar el camino. No resultaba fácil ayudarlos, requería concentración, porque ellos hablaban lenguas que nosotros no hablábamos, porque había que hacerles dar rodeos para evitar las calles peligrosas, pero entre los dos salíamos bastante bien del paso. A mí se me daba mejor el mimo, pero Jeff aún conservaba unas nociones de su inglés de piloto comercial. En cualquier caso, daba la impresión de que nos entendían, porque después de nuestras explicaciones parecían más tranquilos.

Luego, con el corazón en un puño, los veíamos alejarse y desaparecer tras la esquina. Habíamos hecho lo que estaba en nuestra mano, su destino haría el resto. La mayor parte de las veces, todo iba bien, suponíamos que se las habían apañado porque no volvíamos a oír hablar de ellos. Pero en otras ocasiones vivíamos momentos amargos, cuando acabábamos de perderlos de vista y de pronto oíamos alaridos y aquel ruido sordo y siniestro que ya casi nos era familiar. También sentíamos el suelo temblar bajo nuestros pies. Y en el silencio pesado que se sucedía, una nube de polvo subía de detrás de los edificios, por encima de los tejados.

Al principio, no dejábamos de repetirnos que no podíamos hacer nada, incansablemente. «¿Qué podemos hacerle? No podemos hacer nada». Pero no lográbamos convencernos, por eso seguíamos recriminándonos y pasábamos el resto del día y los días siguientes lamentando haberles indicado aquel camino en vez de otro. Lo que más nos desesperaba era pensar que quizá seguirían con vida si no se hubiesen cruzado con nosotros, si no nos hubieran dirigido la palabra. Habíamos llegado a una conclusión descorazonadora: no hacíamos nada de la mañana a la noche, pero aun así hacíamos demasiado. Incluso llegamos a recriminarnos cosas el uno al otro. Yo sospechaba que Jeff, una vez que había probado la bebida, confundía la izquierda y la derecha. Él, por su parte, me hacía comentarios sobre la vaguedad de mis gestos. El tono iba subiendo. Tanta responsabilidad estaba acabando con nosotros.

Entonces, decidimos callarnos y dejar que se las apañaran solos, pensando que nuestra ayuda no iba a servirles de nada. Cuando nos dirigían la palabra, ya no contestábamos, nos quedábamos impasibles, con la mirada fija, al frente, que era la

actitud que habíamos acordado adoptar. Ellos nos miraban desconcertados, a veces se hacían fotos con nosotros, luego dejaban una monedita a nuestros pies antes de proseguir su camino, como si estuviésemos allí para divertir al personal.

Ciertos días, en ciertas calles, las aceras aguantaban sus pasos; otras veces, por otros caminos, se los tragaban. No cambiaba nada. Seguíamos recriminándonos igual, sobre todo al pensar que quizá habríamos podido evitarlo indicándoles un camino más seguro.

Como es natural, empezamos a verlos mucho menos, luego casi nada, y al final nada de nada. Acabaron por quedarse en casa. Es que en el país de los turistas también tenían sus preocupaciones. Nos enteramos escuchando la pequeña radio de Jeff, que nos escupía de vez en cuando las desgracias del mundo en medio de las canciones que nos gustaban. Donde ellos vivían era igual. Era igual por todas partes.

Los comercios iban cerrando uno tras otro, había como una especie de epidemia en el barrio. Algunas veces nos pasábamos toda una hora sin que apareciese nadie. Aquella calma se hacía pesada, acabábamos sintiéndonos solos. De modo que íbamos cada vez más a menudo al Terminus, para ver gente, eso nos sentaba bien. Allí todavía aguantaban. Mientras hubiera un solo cliente que atender, me había dicho Dinochin padre, él se quedaría. Me había impresionado, tengo que reconocerlo, y no sé si él había cambiado, si era yo o si era fruto de los acontecimientos, pero el caso es que ya hasta me caía casi simpático e incluso me tranquilizaba. Como habíamos cogido la costumbre de ir, pronto fuimos conociendo gente y todas las noches, antes de cerrar, nos reuníamos allí un grupillo de personas. Hablábamos a voces, nos reíamos a carcajadas, jugábamos a los dados. El caso era meter ruido, para no oír la noche que caía con sus crujidos ni nuestros corazones que latían. La luz del bar debía de verse desde lejos, como un faro, porque de vez en cuando aparecía alguien, que abría la puerta y encallaba allí. Siempre daba la impresión de que los recién llegados acabasen de escapar a una tormenta o a algún otro peligro. Se apuraban un licor, aferrados a la barra, nos miraban un rato sonriendo y luego se iban, como si volvieran a hacerse a la mar.

Precisamente en el Terminus tuvimos ocasión de intercambiar algunas palabras con un agente inmobiliario que trabajaba al lado. A él nada lo alteraba, seguía teniendo ánimos. Lo veíamos sobre todo de día, siempre sonriente y de punta en blanco, cuando pasaba por el bar como un torbellino a tomarse un café. «Es el momento de comprar —decía—, ahora o nunca. El mercado se va a recuperar y entonces será demasiado tarde». Tenía un optimismo a prueba de bomba, y cuando le preguntábamos cómo se encontraba tras perder a su socio en un hoyo, nos respondía: «Si la vivienda va bien, todo va bien». Era una respuesta de lo más sorprendente, porque en algunas calles habían apuntalado filas enteras de edificios que se inclinaban como borrachos. Pero seguramente le costaba admitirlo, porque a veces lo

oíamos hablar por teléfono, apoyado en la barra, y decía unas cosas rarísimas. Hablaba de joyas que había que ir a ver sin falta, de pisos espaciosos, con una orientación ideal, vistas que nunca se iban a perder y excelentes condiciones. Describía una calle tranquila a la par que animada. «Es un barrio que se mueve», decía a menudo. Y eso era lo que más nos sorprendía.

Posiblemente se creyó lo que decía hasta el final, hasta el día en que se citó en un portal con unos clientes que no aparecieron. Los esperó un rato mientras observaba la extraña inclinación de la fachada, en la que no había reparado hasta entonces. Siguió esperando, pero el edificio se cansó antes que él y se le cayó encima. Seis pisos de piedra tallada, de los de alto *standing*, con techos a tres metros, parqué, molduras, chimenea... Mucho peso para los hombros de un solo hombre.

«SI AL FINAL esto acaba mal, que al menos quienes tienen alas las utilicen para escapar». Esto pensábamos Jeff y yo. «Las mujeres y los niños y los pájaros primero». Como éramos conscientes de que tampoco teníamos toda la vida por delante y de que aquella paloma nunca volvería a volar si no la empujábamos un poco, nos vimos obligados a tomar cartas en el asunto. Teníamos bastante confianza, pensábamos que debía de ser como la bici o el andador, que no se olvida, y que en poco tiempo volvería a ser un ave. Pronto levantaría el vuelo y, trazando círculos sobre nuestras cabezas, nos haría una despedida digna de las grandes palomas mensajeras. Ya nos imaginábamos mirando para arriba, lloriqueando como tontos al verla fundirse con el gris del cielo. Pero ella debía de haber notado de qué pie cojeábamos, sobre todo yo, porque aprovechaba para no hacer el más mínimo esfuerzo y, en cambio, demostraba una mala idea considerable. Además, ¿qué interés podía tener en valerse de sus alas si ya me desplazaba yo por ella? Un picotazo en la cabeza para que avanzase, dos para que me parase, tres para que la dejase en el suelo. Estaba alimentada, y bien alimentada, sin tener que preocuparse de ello, y el simple hecho de ver las cosas desde lo alto hacía tiempo que ya no la motivaba. Yo sabía que todo eso era culpa mía, como es obvio, y Jeff no se privaba de recordármelo continuamente, lo que me irritaba en extremo.

Pronto nos dimos cuenta de que no bastaba con decirle «paloma, vuela»: habría que hacer gala de mucha paciencia y seguir un método. Así que nos acostumbramos a dedicar todos los días algo de tiempo a sus ejercicios. Nos lo tomábamos como si estuviésemos enseñando a andar a un niño. Jeff, que había criado a seis, se sabía la canción. «Enseñar a caminar o a volar, lo mismo da que me da lo mismo», declaró. Y así, nos poníamos en cuclillas el uno frente al otro, a unos metros de distancia. «¡Ven con papá!». «¡Ven con tu tío!». Y allá iba ella, a picotear las miguitas que le ofrecíamos como premio a sus esfuerzos, pero caminando. «Lo que falla es la distancia —opinaba Jeff—. Tenemos que alejarnos más el uno del otro». Y nos alejábamos, pero no servía de nada. Ella seguía en tierra y se tomaba su tiempo. «Igual lo que hace falta es poner obstáculos entre nosotros para obligarla a sobrevolarlos». Pero los rodeaba. Jeff perdía la calma, me acusaba de haberla convertido en una gallina. Amenazaba con atizarle si no despegaba, yo le prometía una golosina para que lo hiciera. Como casi nunca estábamos de acuerdo, nos pasábamos el día de bronca.

De todos modos, yo reconocía que mi paloma había engordado mucho en los últimos tiempos, que quizá pesaba demasiado para levantar el vuelo y que tal vez habría que ponerla a régimen, por su propio bien. Y eso fue lo que hicimos, pero no resultó fácil, sobre todo para mí. Primero porque había que racionarle la comida, algo que yo llevaba muy mal —mi instinto maternal, seguramente—, pero sobre todo porque, de rabia y de hambre, se pasaba todo el santo día picoteándome el cráneo. Así que, como guinda a mi maravilloso aspecto, por la capa de excrementos que me cubría la cabeza caían también largos hilos de sangre. Y de pronto un día tuvimos una

especie de revelación, bueno, yo, porque fue idea mía, diga lo que diga Jeff. Ya que se trataba de enseñarle a volar, se me ocurrió que únicamente había que tomar un poco de altura, nada más. De modo que retomamos los mismos ejercicios, pero esta vez, uno de los dos se subía a un banco, cogía la paloma con las manos y la soltaba hacia el otro, que esperaba agachado en el suelo y la recogía. Y entonces todo cambió, porque por fin empezó a batir las alas. Al principio tímidamente, pero luego, según fueron pasando los días, cada vez con más seguridad. Jeff aplaudía su genial idea.

Como nos preocupábamos tanto del futuro de la paloma, nos olvidábamos del nuestro. Claro está que yo me hacía algunas preguntas. ¿Y nosotros? ¿Qué hacemos aquí? ¿No estaríamos mejor en otro sitio? Un buen día, se lo pregunté a Jeff. Me miró casi con desconfianza.

—¿Y adónde quieres ir?

—Todavía no lo sé.

—Tú haz lo que quieras, pero yo me quedo. Ahora formo parte de estas piedras.

No insistí, porque pensé que necesitaría sopesarlo y que tal vez unos días después volvería a sacar el tema para decirme que había que ir pensando en irse de la ciudad. Mientras tanto, le dije que no tenía intención de irme a ninguna parte sin él y que, ya que quería quedarse, yo también me quedaría. Pareció conmoverse.

En cualquier caso, para la paloma pronto llegaría el día de la partida. Seguíamos practicando los ejercicios con perseverancia, aunque nos parecía que ya casi estaba preparada. Aún no habíamos tomado ninguna decisión concreta, pero una mañana, al abrir los ojos, sentí que había llegado el momento. Es posible que la pesadilla que había tenido por la noche me indujese a precipitar las cosas. A Jeff probablemente iba a sentarle mal que tomara esa iniciativa, pero, después de todo, era yo quien le había salvado la vida a aquella paloma y tenía todo el derecho del mundo a compartir ese momento a solas con ella.

«Nada de sentimentalismos», me dije, abriendo la ventana. Me la puse entre las manos y le hice unas últimas recomendaciones al oído, o sea, en el sitio donde suponía que estaban sus orejas, porque los pájaros no tienen, lo que desde el punto de vista estético está bien y, por otra parte, también desde el punto de vista aerodinámico. La naturaleza está muy bien pensada, no me canso de decirlo. Era un poco tarde para preocuparme por cuestiones ornitológicas y hacerme esa pregunta, pero a lo mejor los pájaros eran sordos, como las serpientes, lo que explicaría algunos de sus comportamientos. «¡Buen viaje!», le dije, sin saber al final si me oía. Confiaba en que se fuera enseguida y no volviera a posarse en mi cabeza, ya que todo sería mucho más duro si había que intentarlo varias veces. Pero el problema no se planteó, porque ni siquiera desplegó las alas cuando la solté. Cayó como una piedra a la acera, seis pisos más abajo. Y los hermosos proyectos que tenía para ella se fueron volando.



EMPEZÓ A HACER frío. Con lo que nos había caído encima, en los últimos tiempos había dejado de seguir el curso de las estaciones, pero por lógica debía de ser invierno, o al menos se le parecía mucho, con aquel vaho que nos salía de la boca cada vez que la abríamos y la punta de la nariz toda colorada y las aceras brillantes por la mañana y el día naciendo a unas horas imposibles.

Me preocupaban los accesos de tos de Jeff, que retumbaban por toda la calle. Aquello ya no estaba muy firme, así que más valía no hacer mucho ruido. Mientras esperábamos a que volviera el buen tiempo, algo en lo que a veces todavía confiábamos, le propuse que se viniera a vivir en mi casa, pero él, demasiado orgulloso para reconocer que en la calle se congelaba, se negó. Me dijo que hasta tenía calor con el saco de alta montaña que había conservado de sus expediciones al Himalaya.

—¿Nunca te he hablado de eso?

—No, no lo creo, no.

—¿Seguro? ¿Nunca te he enseñado las fotos?

—Pues no...

Entonces, se puso a rebuscar en una de sus bolsas, vaciando todo su contenido, luego en otra, hurgando por el fondo y refunfuñando, hasta que sacó un sobre gastado con unas cuantas fotos, que me fue pasando de una en una.

—Toma, mira.

Era una sucesión de montañas, pero no de esas con vacas, en estas no se oían campanas, no había florecillas, era todo roca y glaciares, paredes escarpadas como rascacielos y cimas cubiertas de nieve. Él me iba recitando sus nombres, se exaltaba y me describía las rutas que había seguido. Pero su rostro se ensombreció cuando me tendió la última foto.

—El Kachenjunga... —dijo, con voz grave—. Allí arriba perdí tres dedos de los pies y a mi mejor amigo.

—No lo sabía...

—Te lo enseño —me dijo, empezando a desabrocharse un zapato.

Pero le paré los pies, porque era lo único que me faltaba para caerme redondo. Entonces, se interrumpió y se incorporó:

—Bueno, todo eso para decirte que desde entonces para mí todas las noches son suaves.

Eso no me impidió insistir un poco más para que se viniera a casa, al menos por unos días, el tiempo necesario para curarse esa tos tan fea y contarme todo aquello con detalles. Me prometió que se lo pensaría y luego se apresuró a cambiar de tema:

—¿Sabes? Es mejor que haya levantado el vuelo antes del invierno, me reconforta saber que está al sol.

Y añadió, sonriendo:

—Eso si la muy burra no ha tirado para el norte... Es muy capaz.

Yo no sonreí, no dije nada. Aún no me había atrevido a confesárselo. Cuando me

vio aparecer sin la paloma, le conté que la ventana estaba entreabierta y ella había aprovechado un momento de distracción para escaparse. Le dije que la había observado mucho tiempo antes de perderla de vista y le conté lo emocionante que era verla girar sobre los tejados y lo mucho que me habría gustado que él hubiera estado allí para contemplarlo. Recuerdo que comentó que podíamos sentirnos orgullosos de nosotros mismos.

Pero no pude guardar el secreto mucho tiempo. Me pesaba terriblemente en el estómago y en la conciencia. Un día, aparecí con la caja de zapatos en la que había metido el pájaro. Me acerqué a Jeff y, sin poder decirle una palabra ni mirarlo a los ojos, me limité a levantar la tapa en sus narices.

No le habría costado nada cubrirme de reproches y echarme la culpa, pero en ningún momento lo hizo. Al contrario, me apoyó y me ayudó a intentar comprender lo que había podido pasar. Apelamos a todas las hipótesis, nos hicimos infinidad de preguntas. ¿Es que habíamos quemado etapas? ¿Es que la había paralizado el horror al vacío? ¿Es que alguna turbulencia le había hecho perder el control? Pensamos hasta en el suicidio, pero al final llegamos a la conclusión de que todavía debía de estar dormida en el momento en que la solté, lo que, según Jeff, era la explicación más lamentable, pero también la más plausible. Para consolarme, me dijo que debíamos pensar que había muerto mientras dormía, que no es la peor forma de morir, sino más bien todo lo contrario, una de las más deseadas. Seguramente ni se había dado cuenta de nada o quizá sólo había notado esa sensación de caída que a veces tenemos en el momento de quedarnos dormidos. Lo más probable era que no fuese consciente de lo que le estaba pasando. Con todo, me pareció oportuno precisar que, a pesar de las apariencias, no estaba completamente muerta, o al menos no todavía, y que por ello no había que hacer ese tipo de afirmaciones, y menos delante de ella, porque probablemente nos oía. Se quedó estupefacto y me regañó por no habérselo dicho antes y haberle dejado temerse lo peor. Me preguntó que entonces por qué ponía esa cara y me dijo que era una buena noticia y que había que alegrarse y celebrarlo inmediatamente. Yo encogí los hombros. «¿Para qué?», pensaba. Pero él insistió y me cogió del brazo. Cruzamos la calle para ir a celebrar la noticia enfrente. Fue entonces cuando me dijo, con un tono un poco solemne, que en adelante celebraríamos todo lo que podría ser peor y no lo era, y que situando nuestras expectativas a la altura del zapato conseguiríamos alegrarnos de vez en cuando. Aunque tuviésemos que arrastrarnos, siempre encontraríamos entre el polvo un poco de felicidad, o algo que se le pareciese, la encontraríamos pasándolo por el tamiz si hacía falta, como pepitas de oro en el lodo, pero la encontraríamos. Yo me preguntaba qué mosca lo había picado y de dónde le venía aquella euforia repentina. Le hice ver que, partiendo de la base de que podríamos estar muertos, por fuerza todo tenía que ser siempre maravilloso, o sea que lo mismo podíamos celebrar cada nuevo día. «Es que eso es lo que vamos a hacer —contestó—, ya lo verás. Pero tampoco hay que pasarse, que si no podría ocurrir que la celebración dejase de tener sentido, lo

celebraríamos todo, cualquier cosa». Yo pensé que le hacía falta medicarse. Y entramos en el Terminus.

No salimos hasta bien entrada la tarde. Ya había anochecido. Hacía mucho que no bebíamos tanto. Todo parecía más ligero. Jeff le levantó la tapa a la caja para ver si lo que acabábamos de celebrar seguía estando de actualidad. La verdad es que no supo decirme, no había visto muchas palomas en coma. Tuve que examinarla yo mismo antes de poder anunciarle que seguía con vida. «Es buena señal —me dijo—. Si aguanta hasta mañana, lo celebraremos».

Antes de despedirnos, volví a preguntarle, por si acaso, si se había pensado mi propuesta. Yo no le estaba haciendo mucho caso a su respuesta, cuando de pronto me dijo que aceptaba, pero sólo por unos días, para complacerme. Yo no sabía qué decir. Le di una palmada en la espalda, nos pasamos por la parada de autobús a recoger sus cosas y volvimos a subir hacia mi casa. Era buena gente, Jeff, un amigo de verdad.

A lo lejos, vimos luces azules y amarillas, y gente moviéndose por la acera junto a mi portal. Nos apresuramos para averiguar qué había pasado aquella vez. «Piensa en lo que te he dicho —sugirió Jeff—. Ya veremos, pero estoy seguro de que podría ser peor». Y durante el resto del camino, me volvió loco con sus consejos: «Si hay una víctima, recuerda que es una suerte que no haya habido dos. Si hay dos, considérate afortunado por que no haya habido tres. Si hay tres, alégrate de que no haya habido cuatro, y así sucesivamente. ¿Comprendes?». Asentí. Él continuó: «Si se trata de un hombre, es una suerte que no haya sido mujer, y si se trata de una mujer, es una bendición que no le haya tocado a un niño. ¿Me sigues?». Yo me sentía como un boxeador entre dos asaltos. «Si no conoces a las víctimas, recuerda que podrías haberlas conocido, y si las conoces un poco, piensa que habrías podido conocerlas aún mejor». Nos acercábamos, yo ya no escuchaba. Nos cruzamos con mi vecino de al lado, que arrastraba dos enormes maletas, y con su mujer, que iba llorando detrás de él, luego llegamos a unas vallas que nos impedían acercarnos más. Pregunté qué sucedía. Me contestaron que iban a demoler el edificio porque amenazaba con venirse abajo. Les dije que yo vivía allí y que eso era imposible. Me dijeron que de todos modos iban a volarlo. Le dije a Jeff que hiciera algo. Me dijo: «¿Y qué quieres que haga?». Entonces pregunté si podía pasar a recoger algunas cosas. Me dijeron que era demasiado tarde, pero que siempre podía volver luego a rebuscar entre los escombros. Y entonces vi a la vecina de abajo, todavía en su ventana, diciéndonos adiós como si estuviese a bordo de un barco que zarpa. Grité que había que sacarla de allí. Me dijeron que estaba loca y que se negaba a bajar. Entonces, alguien se puso a dar órdenes. Nos hicieron retroceder más y más. Se levantó un brazo y hubo una detonación sorda. Vimos estremecerse el edificio, dudar un instante y luego desplomarse sin hacer dramas, como un buey al sacrificarlo. «Piensa que podrías estar bajo los escombros —me dijo Jeff, abrazándome—. Y también tu paloma.

Piensa que tienes mucha suerte».

JEFF ME OFRECIÓ amablemente su saco de dormir y por cortesía al principio yo lo rechacé, jurando que con una simple manta me sobraría. Sólo esperaba a que insistiera un poco más para aceptar, pero no lo hizo, sino que me dio la manta apolillada que le pedía.

Así pues, la primera noche no pegué ojo. Sobre todo por el frío, pero también porque volví a ver mi edificio desplomándose cientos de veces. Por mucho que me repitiese que tenía una potra increíble, me costaba convencerme de ello. Yo que siempre había tenido tendencia a no contentarme con nada, a pensar que las cosas podrían ir mucho mejor, no lograba conformarme simplemente con lo que podría haber sido peor. Se había levantado un poco de viento, húmedo y glacial. Me senté, acurrucándome, con la frente en las rodillas y la manta sobre la cabeza. Entraban corrientes de aire por los agujeros. Aquella noche, la estrella que más brillaba era la Polar.

No dije nada, ni siquiera me quejé, pero Jeff, que tampoco dormía, debió de oír cómo me castañeteaban los dientes, porque de pronto, en mitad de la noche, se arrancó diciéndome que sobre todo no se me debía meter en la cabeza la idea de que hacía frío, porque estaba muy lejos de ser así, en comparación con lo que nos esperaba según fuese avanzando la estación. «Yo estoy sudando —me dijo—. Si por mí fuera, me pondría en bolas». Le reproché su mala idea. Entonces se puso a contarme lo que es tener frío de verdad. Me habló de tormentas de nieve que no se acaban nunca, de la escarcha en la barba y las estalactitas en la nariz, de los pies azules a los que se les va cayendo la piel a tiras, según uno se va congelando por los cuatro costados, un poco más cada día, y luego, para terminar, me habló de su amigo, que se había caído en una grieta y tampoco debía de tener mucho calor en aquel momento, puesto que allí seguía.

Sus historias no me hicieron entrar en calor, pero aun así estuve escuchándolo hasta el alba. Sólo cuando me dijo que acabaría acostumbrándome conseguí reunir valor para contestarle que no iba a acostumbrarme a nada de nada, puesto que no habría otras noches como aquella, porque pensaba irme aquel mismo día, tanto si él me acompañaba como si no, estaba decidido. Se quedó un poco pasmado.

—¿Y adónde, si es que puede saberse? —me preguntó.

—A casa de mi hermana, al campo.

—¿A casa de tu hermana? No me habías dicho que tenías una hermana.

—Es que no me había acordado hasta esta noche.

Entonces se deslizó como pudo fuera del saco, igual que una serpiente cuando muda la piel. Lo enrolló con mucho cuidado para meterlo en su funda, se abrochó el cuello del abrigo, se pasó la mano por el pelo y por fin me miró y me dijo:

—Tienes razón. Aquí nos congelamos.

Era la hora a la que abría el Terminus. Así que, antes de ponernos en marcha hacia la estación, nos pasamos por allí para calentarnos un poco, despejarnos con un café y despedirnos. El patrón nos obsequió con sendos bocadillos de jamón y

mantequilla para el camino, e incluso le dimos un abrazo. Se me hizo raro. Mientras nos acompañaba hasta la acera, nos dijo que nos cuidásemos. Nosotros le dijimos que se cuidase. Y luego nos fuimos.

Yo me volví varias veces, hasta que la plaza no fue más que una mancha borrosa al final de la calle. Debía de tener los conductos congelados, porque no fui capaz ni de llorar, y mira que tenía ganas. Sentía que el llanto estaba allí, a punto, incluso hice un esfuerzo, pero no había manera, ni una lágrima. Tampoco meé hasta mediodía. Se me había congelado todo por dentro.

Fuimos a pie hasta la estación; en realidad, no teníamos elección, ya casi nada circulaba ni por encima ni por debajo de la tierra. Debido a que había muchas calles cortadas y para evitar determinados lugares que no nos inspiraban confianza, tuvimos que dar rodeos interminables, bordear agujeros, saltar por encima de grietas y recorrer ciertas calles donde los edificios estaban tan inclinados que se apoyaban en los de enfrente. Ya ni siquiera se veía el cielo. Lo peor era que íbamos cargados con todas las cosas de Jeff. Teníamos que pararnos cada diez metros para descansar un poco. Yo partía ligero de equipaje, ni siquiera llevaba cepillo de dientes, sólo una paloma casi muerta que casi no pesaba nada. No avanzábamos. Al final, los bocadillos que deberíamos haber reservado para el tren nos los comimos sentados en un banco. A ese ritmo, todavía tardamos otra hora en salir de aquel laberinto por una callejuela que desembocaba en la estación. Nos paramos por última vez. Yo me sentía como si hubiese coronado una montaña. «Ya verás lo bien que vamos a estar en casa de mi hermana», le dije a Jeff. Él me explicó que le gustaría cambiarse de ropa y asearse un poco antes de llegar. También me preguntó si allí habría alguna floristería. Le sonreí.

Nada más entrar en la estación, nos dieron mareos. Yo nunca había visto tanta gente junta. Si las calles estaban desiertas era porque todo el mundo estaba allí. Dudamos un poco, pero nos empujaban de tal manera por detrás que nos vimos obligados a avanzar. Tropezábamos con maletas, bolsas, niños que se caían, yo pisé a alguien que dormía la mona o se había muerto, no sé, y al pasar a Jeff lo mordió un perro al que le había estrujado la pata. Había gente que parecía llevar días acampando allí, bajo los paneles informativos, familias enteras, por el suelo, incluso heridos, y entre todos aquellos rostros apagados, de vez en cuando me parecía reconocer a alguien. Cerca de las canceladoras, volví a ver a mis vecinos, gente de bien, no obstante, con una buena posición. Él se estaba comiendo unas salchichas directamente de la lata, mientras un poco más lejos su mujer, en cuclillas, con el culo al aire, depositaba en un rincón las del día anterior. Ellos siempre me habían mirado por encima del hombro y no quise ponerlos en evidencia, de modo que cuando nuestras miradas se cruzaron hice como que no los había visto. Les di la espalda y nos abrimos paso hasta la única ventanilla que seguía abierta, donde todavía tuvimos que hacer cola una eternidad hasta que por fin nos atendieron. Entonces, nos informaron de que aquel día no iba a haber trenes hacia donde vivía mi hermana, por

causa de los daños en las vías, pero que volviésemos al día siguiente, porque era probable, aunque no seguro, que en un día o como mucho dos los daños fuesen a estar reparados, o por lo menos estaban haciendo todo lo posible para que así fuera, si no había otros hundimientos hasta entonces, claro, pero eso no podían preverlo, no dependía de ellos, en cualquier caso lo mejor que podíamos hacer era volver al día siguiente. Con esto fue con lo que nos quedamos.

No nos enrollamos más, nos dirigimos hacia la salida. Aún tuvimos un momento de duda, nos preguntamos si no sería mejor pasar la noche en la estación, pero al final, a pesar de todos los esfuerzos que eso nos exigiría todavía, decidimos volver al barrio, que en cualquier caso nos resultaba más tranquilizador.

En el camino de vuelta, lo único que se nos ocurrió decir respecto a todo aquello fue que saltaba a la vista que todo el mundo había tenido la misma idea que nosotros. «Bueno, pero no irán todos a casa de mi hermana», le dije a Jeff. Hicimos un esfuerzo por reírnos un poco. También comentamos lo majo y servicial que había estado el empleado de la ventanilla, a pesar del jaleo, lo que demostraba que, al margen de lo que se pudiera decir, todavía seguía habiendo gente muy amable. Es absurdo, pero eso fue todo lo que dijimos. En fin, cosas de ese tipo, lo que se nos pasaba por la cabeza, para no pararnos a pensar en que la ciudad nos tenía bien agarrados y no nos iba a soltar así como así.

LA SEGUNDA NOCHE nos instalamos en el mismo sitio que la anterior, pero esta vez yo no rechacé el saco de dormir de Jeff, ni siquiera esperé a que me lo ofreciera, sino que se lo pedí enseguida y él me lo cambió encantado por mi manta. Pero a mí no me sirvió de nada. De nuevo, pasé la noche en blanco.

Por la mañana no remoloneamos, ya sabíamos qué hacer. Recogimos las camas, que estaban todas tiesas, y pasamos por el Terminus para despedirnos definitivamente. Nos tomamos un café rápido y luego dijimos que ya nos íbamos, que aquella vez iba en serio. No sé si Dinochin seguía creyéndoselo mucho, pero de todos modos nos hizo otro bocata para el viaje, uno pequeño para compartir, con una loncha de jamón del tamaño de un sello y no más mantequilla que el pegamento que lleva. Pero era todo un detalle por su parte, y no íbamos a quejarnos, encima de que nos lo regalaba. Nos acompañó y nos dijo: «No hagáis tonterías, tíos». «Tú tampoco», contestamos, y luego nos fuimos. Cuando me giré para despedirme con la mano, ya había vuelto a cerrar la puerta.

En la estación no había más trenes que el día anterior, pero había aún más gente. Nos aconsejaron que volviéramos al día siguiente. Al día siguiente seguramente habría trenes. De modo que volvimos a marcharnos.

—Si se creen que vamos a cansarnos, es que no nos conocen —me dijo Jeff—. No vamos a dejar que nos ganen por agotamiento, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Que no vamos a dejar que nos ganen por agotamiento.

Yo iba caminando dormido, y probablemente gracias a eso conseguía seguir caminando.

—Seguro —contesté, sin saber siquiera de qué estaba hablando.

Hubo, pues, una tercera noche, una nueva mañana y otros adioses. «Hasta mañana, tíos —nos dijo Dinochin, ya sin molestarse en rodear el mostrador—. Y cerrad bien la puerta». Aquello ya ni era una despedida ni era nada, le faltaba emoción y a mí me daba pena que se estropease ese momento, porque tenía la sensación, sin embargo, de que aquella era la definitiva y no volveríamos a verlo nunca.

Nos arrastramos una vez más hasta la estación, para nada. Allí ni siquiera había nadie para atendernos y comprendimos que no era buena señal, que si hubiese habido buenas noticias que dar, habríamos visto todas las ventanillas abiertas, con grandes sonrisas tras ellas, y los paneles un poco menos negros; y toda aquella gente que llevaba días y días esperando seguramente habría tenido otra cara, los crios quizá habrían dejado de lloriquear y mis vecinos, siempre repantigados sobre sus maletas, probablemente se habrían levantado al fin para arreglarse un poco. Pero no valía la pena insistir, no había cambiado nada.

Dimos media vuelta, como los días anteriores, pero esta vez no nos fuimos muy lejos. Ya no podíamos más. Después de caminar apenas un cuarto de hora,

encontramos un rincón un poco resguardado a la entrada de un aparcamiento. Decidimos pasar allí la noche.

Al principio, creí que el tiempo se había suavizado. Luego pensé que igual era que sencillamente me estaba acostumbrando. En cualquier caso, de verdad hacía bueno y por primera vez logré dormir un par de horas seguidas. En mitad de la noche, hasta desperté a Jeff para preguntarle si podía devolverme la manta y quedarse con el saco, porque hacía un calor insoportable. Al principio refunfuñó un poco, pero luego aceptó el cambio. El caso es que después me arrepentí, ya que la temperatura bajó de golpe y de pronto tuve tanto frío que me vi obligado a despertarlo de nuevo para preguntarle, todo agobiado, si podía devolverme el saco, porque me estaba congelando. Me lo tiró a la cara sin protestar demasiado. Después ya no me atreví a molestarlo, pero la cosa no se arregló, qué va. En un momento estaba tiritando y al siguiente sudaba, y así hasta que amaneció y las cosas se aclararon, porque entonces definitivamente tuve calor.

Al despertarme, cuando Jeff vio que los ojos me brillaban como faros, noté una cierta inquietud en su mirada, aunque él trató de no alarmarme. «Me parece que estás incubando algo», se limitó a decir. Intenté levantarme, pero no conseguía aguantarme sobre las piernas. Entonces decidimos que él iría solo a la estación. Como no habíamos acampado muy lejos y además iba a hacer el trayecto sin ir cargado, no tardaría mucho. Y si a la vuelta me anunciaba que aquel día iban a circular los trenes, yo sacaría fuerzas de flaqueza para arrastrarme hasta allí, pensaba. Él me miraba raro.

—¿A qué esperas? —le dije.

—¿A qué espero para qué?

—Para irte.

—¿Para irme adónde?

—¡Pues a la estación!

—¡Pero si vengo de allí! —contestó.

Había estado durmiendo al menos dos horas, aunque a mí me parecía que acababa de cerrar los ojos. Jeff no me habló de los trenes, con eso estaba todo dicho. Pero yo prefería que no habláramos de eso, ni de nada, porque tenía la cabeza como un bombo y ya no me sentía con fuerzas de pronunciar una palabra. Lo único que me dijo fue que había encontrado un sitio, muy cerca, en el bulevar, donde íbamos a estar mucho mejor que allí. Yo confiaba en él, de modo que levantamos el campamento. Solamente íbamos hasta el cruce, pero tuve que apoyarme en él durante todo el camino y los últimos metros los recorrí a cuatro patas. Nos instalamos encima de una rejilla por la que salía un aire tibio y probablemente también un montón de microbios. Allí estaba, era el sitio ideal, «climatizado», había dicho. Sin embargo, no me sentó nada bien. De vez en cuando el soplo se interrumpía, cuando a lo mejor yo había transpirado tanto que el sudor me resbalaba por los costados y la camisa se me pegaba a la piel. Y entonces todo se invertía. La rejilla empezaba a aspirar y de pronto nos encontrábamos en medio de una corriente de aire helado. Media hora

después, otra vez a empezar, en el otro sentido, y los cartones, mi manta, todas nuestras cosas salían volando. Jeff se iba corriendo tras ellas para recuperarlas. El aire salía con mucha más fuerza que antes y también más caliente, y encima como con un olor a azufre que nos quemaba las fosas nasales. Teníamos el pelo revuelto y la piel de la cara seca y cuarteada como el cuero viejo, y los ojos pronto se nos caerían de las órbitas como uvas pasas. Luego, por la noche, cuando quizá nos habría venido bien un poco de aire cálido, la cosa paró definitivamente. Y la noche con su soplo glacial volvió a tener las de ganar. Las pasábamos canutas, y es poco decir, pero yo no me quejaba. Ya no tenía fuerzas. La fiebre se ocupaba de mí, me daba calor en su vientre, y eso casi me gustaba.

Jeff me cuidaba lo mejor que podía. Vigilaba que estuviera siempre bien tapado y se empeñaba en hacerme beber, por la mañana, a mediodía y por la noche, un rosado muy ácido que valía por cualquier antibiótico, según decía. Si mi estómago lo aguantaba, me curaría en dos días, o todo o nada. También me tomaba la temperatura muy a menudo, metiéndome un dedo en la boca. Había que apañarse con lo que había y, según él, ese método era más preciso que el de poner la mano en la frente. Había otra forma de hacerlo, pero tampoco nos conocíamos tanto, me había dicho, con una sonrisa maliciosa. Yo no discutía: Jeff había estudiado medicina y confiaba en él. No mucho tiempo, sólo el primer año, ese en que analizan a los muertos para ver un poco lo que tienen por las tripas y saber cómo funcionan los vivos. Pero a Jeff no le había hecho falta ver más, lo había entendido todo de golpe. Había tenido una especie de revelación y decidió no seguir. Yo sabía que estaba en buenas manos.

Según su dedo meñique, la fiebre no cedía. Entonces, me la volvía a tomar con el índice para asegurarse y luego con el pulgar para confirmarlo. Me daba pocos detalles, pero a mí me parecía evidente que estaba preocupado. Y cuanto más se esforzaba por ocultar su inquietud, menos lo conseguía y más me angustiaba yo. Su piel amarilla y áspera y sus uñas negras me dejaban un sabor amargo en la boca que me duraba horas.

Todo aquello le recordó un día en que le había dado una fiebre muy alta en el campamento base de una expedición a no sé qué montaña. La expedición se retrasaba, estaba a punto de ser suspendida, pero no, luego se recupera, vamos allá como sea, la ascensión en mangas de camisa, los *sherpas* se quedan atrás, el cielo se cubre, él dale que te pego, todos van cayendo uno tras otro, aficionados, va a acabar solo, la fiebre sigue subiendo, él también, cada vez menos oxígeno, va cantando *La digue du cul*<sup>[1]</sup> a voz en cuello, y por fin la cumbre, echando el resto, por encima de las nubes, el sol poniéndose. Ya sólo era un hermoso recuerdo. Un hermoso recuerdo. «Hay que beber —me decía—, beber más y sudar, confía en mí. Mañana estarás mejor». Y me llevaba la botella a los labios y la inclinaba. Pero, como lo hacía demasiado deprisa, me chorreaba por el cuello, él ni se daba cuenta. Yo tragaba de lado, me ahogaba, se me salía por la nariz. Estaba empapado y encimaapestaba a vino.

Aquella noche aún me subió unos grados más la fiebre, lo que le quedaba por subir. Todo se volvía cada vez más húmedo y confuso. Recuerdo que me desperté en mitad de la noche alegrándome de que al menos al día siguiente no tendría que ir al colegio.

Caminaba descalzo por la nieve y mi paloma volaba delante de mí, abriéndome paso. Yo me decía: «Fíjate, ya vuela, es buena señal, está mejor». Me cruzaba con una mujer con un piolet en cada mano. Su cara me sonaba. Al principio creía que se trataba de mi hermana, pero era la portera, la reconocía por la blusa. Me emocionaba al volver a verla. Le preguntaba si sabía de algún tren que llevase a la estación, ella me contestaba que ya no había estación desde hacía mucho tiempo, pero que quizá la habría al día siguiente. Entonces continuaba mi camino diciéndome que por lo menos podría haberle preguntado qué tal le había ido desde su desaparición. Y de pronto me encontraba de cara a un edificio a cuyo pie estaba mi hermana. Esta vez sí que era ella; aunque iba disfrazada de inuit, yo la reconocía. Le decía que no me había enterado de que ahora tenía los ojos rasgados y la nariz chata. Me parecía que le quedaba bien. Ella comentaba que al menos podría haberle llevado unas flores, como mínimo unos narcisos de las nieves. Yo le contestaba que había estado enfermo. Y luego entraba. Por dentro era como un iglú, pero había tanto vapor que no se veía a un metro de distancia. Hacía un calor horrible. Piel, pellejos, suspiros y gente en pelotas por todas partes, que yo no distinguía bien. No podía dar un paso sin pisar a alguien. Entonces, veía a Jeff, que estaba en un rincón. Me acercaba a él. Le preguntaba si se había acordado de llevar unas flores. Él me decía que allí las palomas estaban prohibidas, terminantemente prohibidas, debido a sus alas. Yo le preguntaba qué hacía allí toda aquella gente. Él contestaba que se entretenían mientras esperaban el tren. Entonces, me entraban ganas de comprar un billete y hacer cola como todo el mundo, pero él me decía que no hacía falta, porque para los convalecientes era gratuito. Luego me presentaba a una chica que estaba completamente desnuda y era hermosa como la luna. «Es mi hermana», me decía. Y entonces yo veía que tenía unos bigotes como los de las focas, y eso no me gustaba. Jeff también estaba desnudo —acababa de darme cuenta— y me preguntaba qué me parecía. Yo le contestaba que no debería quejarse, porque la naturaleza lo había tratado bien. Me contestaba: «Sí, pero no la vida...». Yo le decía que a los burros les pasa un poco lo mismo. Él me decía que iba a tratar de encontrar una farmacia de guardia porque yo no estaba nada bien. «¿Me oyes?». Yo le contestaba que al contrario, que nunca me había encontrado mejor.

—¿Me oyes?

—Pues claro que te oigo.

—Te decía que voy a tratar de encontrar una farmacia de guardia. También voy a pasarme por la estación. No tardaré, no te preocupes.

Yo no me quedaba tranquilo cuando él se iba. Me daba la impresión de que desaparecía durante días. A veces sentía el suelo vibrar. Otro hundimiento, no muy lejos de aquí. «La próxima vez —me decía—, seguro que me toca a mí».

Mientras esperaba, vinieron a meterse conmigo, estando dormido. Creo que eran tres. Me despertaron, tenían algo contra mí, nunca supe exactamente de qué se trataba. No entendía nada de lo que me estaban contando. Ellos tampoco me comprendían a mí. Debía de molestarles verme allí tirado, inerte, así que se pusieron a darme patadas en los costados para enseñarme a articular bien; también me pisaron las manos, eso les hacía gracia y me dijeron que me sentaría bien; y luego, cuando ya iban a dejarme, no sé qué me entró —sería por la fiebre, supongo—, les dije: «Gracias por todo», me salió así, sin más. Pero a ellos no les gustó. Creyeron que me burlaba y que estaba pidiendo más. «¿Quieres más, cabronazo?», me gritaban. Yo dije: «No, gracias», y era sincero. Pero de todos modos volvieron a empezar. Me daban aún más fuerte para asegurarse de que ya no iba a poder más. Esta vez no di las gracias, no dije nada, pero no pude evitar reírme, y no debería haberlo hecho. No es que la cosa tuviera gracia, era una risa nerviosa, pero como eran tan susceptibles, otra vez se lo tomaron a mal. «Vas de listillo... ¡Y encima te hace gracia, gilipollas!». Y entonces volvieron a atizarme. No se habían quedado sin recursos, tuvieron aún más mala hostia que antes. Mientras dos de ellos trataban de reventarme el bazo, el tercero me aplastaba la cabeza contra la rejilla con el pie y juraba que iba a hacérmela pasar a través para exprimírle el jugo. La suela de su zapato olía a mierda. Traté de convencerme de que podría ser peor (el famoso método de Jeff). También pensé que un perro en buena forma me habría resultado más útil que una paloma medio muerta en una caja de cartón. Y luego ya no recuerdo nada más.

Cuando recobré el conocimiento, por fin me habían dejado en paz, un poco decepcionados, me parece, por mi falta de participación. Seguramente habrían preferido oírme gritar un poco, que me debatiese y les suplicara que parasen, eso los habría motivado más. A nadie le gusta esforzarse en balde, es normal. Es como en el amor, lo que queremos son gritos y gemidos, nos gusta que ella se agite, que se arquee, que se retuerza. Así es la vida, nos gusta sentirla; si no, no resulta divertida y nos aburrirnos.

Jeff no volvía. Yo sospechaba que quizá había encontrado un bar abierto mientras buscaba la farmacia. A su vuelta, a ver qué cara ponía al encontrarme en un estado tan lamentable y descubrir que habían hurgado en sus bolsas y que sus cosas estaban esparcidas por todas partes. Tampoco iba a sentirse orgulloso de haberse bebido todo el dinero para medicinas. La corriente volvió a soplar y toda su ropa se fue volando aún más lejos. No iba a ponerse contento, eso seguro. Me incorporé un poco y me senté apoyándome en la pared para esperarlo mejor y verlo llegar de lejos.

Y entonces, con la mirada en el vacío, vi cómo iba a acabar todo. Vi océanos

vaciándose como el agua de una bañera, hasta el pequeño remolino del final, acantilados desplomándose entre la espuma y viejas montañas hundiéndose como fuelles. Vi ríos desembocando en fallas que se abrían a través de sus lechos y árboles inmensos hundidos en el suelo hasta la copa, convertidos en pequeños arbustos sobre cuyas ramas se refugiaban, junto a los pájaros, los hombres. Y aquellos que la Tierra reclamaba a sus entrañas gritaban mientras caían, y seguíamos oyendo sus gritos interminables durante días y días. Y todos esos alaridos, al sumarse los unos a los otros, resonaban en el vientre del mundo como un lamento incesante. Y vi nubes oscuras y pesadas como yunques cayendo en picado sobre la llanura y atravesando el suelo. Y vi también ciudades, no más altivas que castillos de arena tras la embestida de la primera ola. Esperando a Jeff vi todo esto, con los ojos bien abiertos, lo juro, no lo soñé. Después hubo un ruido terrible y me cayó encima una lluvia de piedras y mucho polvo. Yo no entendía qué estaba pasando exactamente. Oía gritos. Pasaron algunas personas corriendo. Debía de ser muy cerca de allí, a la vuelta de la esquina, en la callejuela perpendicular al bulevar. «La próxima vez, me tocará a mí —pensé—, y todo habrá acabado».

Pasó otra persona por la acera y, a pesar de la fiebre que volvía a apoderarse de mí, la oí decirme que no debía quedarme allí, que estaría mejor en mi casa. «Gracias por el consejo», pensé. Jeff no volvía.

MI COMPAÑERO DE habitación no era nada hablador. Pero hay que reconocer que tenía excusa, con todos aquellos tubos, pequeños y grandes, derechos y retorcidos, que le salían de todos los orificios, y otros que le entraban por ellos, aparte de los electrodos que le habían pegado por todas partes. Alrededor de su cama, en el otro extremo de aquel batiburrillo de mangueras, había toda una batería de aparatos que velaban su sueño. Había uno para insuflarle aire, otro para removerle la sangre, otro más pequeño para ver si el corazón no le iba demasiado deprisa y otros, aún más complicados, que nunca tuve claro para qué servían. El problema era que esta instalación hacía un ruido insoportable. Sobre todo por las noches, a la luz verde de las pequeñas cifras cambiantes y de las curvas que se sucedían en la oscuridad. Así que, para dormir un poco, lo desconectaba todo hasta la mañana, no me quedaba otra. Pero no hay que pensar mal, a él le daba igual, ni siquiera se enteraba. Tampoco las enfermeras se daban cuenta, o sea que aquellos trastos debían de ser bastante superfluos. Aún es más, hasta me pregunto si no le venía bien que todo parase un poco de vez en cuando.

El caso es que era una pena que no hablase, porque debía de tener muchas cosas que contar, a juzgar por su estado. Lo único que llegué a saber de él, porque se lo pregunté a un enfermero, fue su nombre, que por cierto era muy bonito. Se llamaba Camaïeu. Adrien Camaïeu. No me dijeron más. El resto era secreto médico. Y Camaïeu era el primero en guardarlo.

Por lo que a mí respecta, en comparación con mi compañero estaba como una rosa, aunque cuando me recogieron al parecer yo también estaba fino, casi en el mismo estado que él. Los primeros días, los médicos no habían querido pronunciarse, lo que por otra parte coincidió bien, ya que nadie les había preguntado. No conseguí salir a flote hasta una semana después, sólo entonces me consideraron salvado.

En varias ocasiones les pregunté si alguien se había interesado por mí y si habían recogido la caja que estaba a mi lado en la acera. Ellos se encogían de hombros, contestaban que tratarían de averiguarlo.

De modo que los primeros días los pasé con los ojos fijos en la puerta, con la esperanza, cada vez que se abría, de ver aparecer a Jeff, que probablemente primero me habría echado la bronca por haberle dado semejante susto y luego se habría plantado de morros frente a la ventana, derramando una lagrimilla furtiva, y sólo al cabo de unos minutos se habría dado la vuelta meneando la cabeza y quizá al final me habría preguntado cómo estaba. Así me imaginaba yo nuestro reencuentro. Pero cuando la puerta se abría, sólo pasaban batas blancas, de día como corrientes de aire, de noche como fantasmas.

Las enfermeras no eran como las que yo había visto en las películas. Me parecían menos amables, menos rubias y desnudas por debajo de la bata, menos cálidas y anhelantes. Nunca las vi tenderse en nuestras camas y acariciarse dedicándonos miradas llenas de promesas. Tampoco las vi besarse en la boca. Las que yo conocí no solían morderse los labios. No eran nada cariñosas, ni entre ellas ni con nosotros. Y

los médicos no entraban en las habitaciones para pedir también ellos un poco de ternura, hinchados como pavos reales, con el pantalón enrollado en los tobillos y las manos en las caderas. Vamos, que allí casi nunca se jugaba a los médicos. O más bien nunca. Puede ser que yo llegase en mal momento. Será que no me tocó el personal bueno. O tal vez sólo fuese así en verano, bajo los efectos del calor y de los vapores del éter. Y si no, es que no hay que creerse todo lo que sale en las películas, qué se le va a hacer. Mejor para Camaïeu, porque habría sido una faena perderselo.

En cualquier caso, pensaba yo, cuando Jeff por fin fuera a verme, dejaría que se lo creyese, no le diría la verdad, y quizá incluso le contaría cómo se empañaban los cristales al caer la noche, cuando las enfermeras venían a escondidas para ocuparse de nuestros últimos cuidados y Camaïeu se despertaba a propósito para la ocasión. Se pondría verde de envidia, lo conozco. O si no, me diría que eso no era nada en comparación con lo que ocurría en los aviones en sus tiempos de comandante de a bordo. Me diría que las más capacitadas para retozar con las piernas en el aire eran las azafatas. Y me lo contaría todo. Y yo lo escucharía, empalmado.

Camaïeu no era nada tonto. Por suerte, yo me llevaba bien con él, porque si no, no habría aguantado. Muchas veces, me sentaba en el sillón que estaba junto a su cama, lo observaba un rato, le hablaba y, como él seguía callado, también me contestaba. Íbamos acostumbrándonos el uno al otro y creo que yo le caía bien, porque me ofrecía su comida, que siempre dejaba sin tocar. La verdad es que no sé por qué todos los días, mañana, tarde y noche, le llevaban una bandeja, a él que sólo comía por las venas. Debía de tratarse de un error. ¿O sería que yo le gustaba a la chica que las servía? En cualquier caso, me daba un poco de cosa comerme su ración. «¿Seguro que no lo quieres? —le preguntaba—. Prueba al menos las espinacas». Pero no había manera. Me lo dejaba todo y sólo se quedaba con los postres, para comérselos más tarde, me decía, pidiéndome que los pusiera en su mesilla, que ya estaba atestada de tres semanas de fruta con moho, flanes y compotas.

Por la tarde, cuando aparecía su mujer, yo me metía en la cama tratando de no llamar la atención. Llegaba todos los días exactamente a la misma hora para ver la telenovela, que no se habría perdido por nada del mundo y que le hacía llorar a moco tendido. Eran historias de amor tristes y complicadas, yo no me enteraba de nada, pero ella se pegaba unas lloreras monumentales. Al terminar el capítulo, estaba tan descompuesta que le costaba recuperarse. Entonces se inclinaba sobre su marido y, entre sollozo y sollozo, lo interpelaba: «¡Adrien, mírame a la cara! ¿Alguna vez me has engañado, Adrien? ¡Sé sincero! ¡Contéstame!». Yo les daba la espalda, hacía como que dormía, desaparecía bajo las sábanas. Juro que era así todos los días. Una vez, hasta se puso a sacudirlo y no pude evitar intervenir. Le dije: «Señora, se lo suplico, mire cómo está...». «¿Acaso es asunto suyo?», me contestó. Y no volví a meterme jamás.

Por suerte, nunca se quedaba mucho rato, pero todos los días de la semana montaba el mismo número, menos el fin de semana, porque, como no había telenovela, se quedaba en casa. Así teníamos vacaciones hasta el lunes.

Quizá porque comía por dos, recuperé las fuerzas bastante rápido. Y en cuanto pude dar algunos pasos, aproveché para eclipsarme cada vez que aparecía la mujer de Adrien. Me habían aconsejado que paseara todos los días, primero hasta la mitad del pasillo y luego, cuando me sintiera capaz, hasta el final. Pero las primeras veces me contenté con ir y venir delante de mi habitación, por miedo a perderme la visita de Jeff si me alejaba.

Con ocasión de mis salidas cotidianas, solía cruzarme con la misma gente y compartíamos nuestras quejas y dolores. Hablábamos de los nuevos, que habían llegado el día anterior, de los que ya se habían ido y también de los que se habían quedado. Nos contábamos un montón de cosas que no cambiaban nada, pero que sin duda nos hacían mucho bien.

En cualquier caso, estábamos todos de acuerdo en que allí dentro nos encontrábamos mejor que fuera. Eso nos consolaba un poco.

Hacía ya varios días que, entre las siluetas vagabundas del pasillo, me intrigaba una señora mayor que sólo llevaba puesto un camisón. Me miraba con insistencia cuando nos cruzábamos y a veces, cuando la puerta de nuestra habitación se quedaba abierta, incluso llegué a sorprenderla observándome atentamente desde el pasillo. Parecía como si me conociese, y quizá fuera así, porque a mí también me sonaba la cara. Yo trataba de recordar dónde había podido verla, me preguntaba si no sería alguien de mi barrio. Y por fin un día ella vino a buscarme. Como parecía que ya no oía demasiado bien, tuvimos algunas dificultades para entendernos; a decir verdad, yo no hice más que escucharla. Empezó quejándose de las comidas, que siempre estaban frías, y de las pastillas que le daban, que eran tan grandes que no podía tragarlas ni con el puré. De todos los hospitales en los que había estado, este era el único en el que le daban unas pastillas tan grandes. «En otros sitios es diferente», decía. Me habló de su compañera de habitación, que fingía estar enferma. Me habló de gente que yo no conocía, de los que no habían ido a verla y de los que sí habían ido pero habrían hecho mejor en no ir. Me contó que le habían llevado bombones, pero que no estaban ricos, que eran de los que no le gustaban y que además lo sabían, así que ¿por qué le habían llevado bombones de esos que estaban tan blandos por dentro? Me dijo: «No hablas mucho». Y luego me regañó por no haber ido antes, porque ya hacía tiempo que me esperaba. Yo le dije: «Debe de confundirse, señora». Entonces me dijo que no debía preocuparme, que no pasaba nada, que ella sabía que tenía mucho trabajo y un montón de preocupaciones. Me dijo: «Estás aquí, eso es lo que importa». Yo le contesté que se confundía y que yo no era la persona que esperaba. Ella me dijo que su maleta estaba preparada, que no tenía más que vestirse y ya podíamos irnos.

Me dijo: «¿Vienes?». Yo dije: «Espero aquí». Y mientras ella volvía a su habitación, aproveché para escabullirme a la mía.

La parienta de Camañeu ya se había ido. «¿No ha venido nadie, Adrien? —le pregunté, cerrando bien la puerta detrás de mí—. ¿No me han llamado por teléfono?». Luego, me metí en la cama. Y para que se relajara un poco después de la visita de su mujer, le conté lo que acababa de pasarme. Al echarle un vistazo al aparato que registraba los latidos de su corazón, me pareció que reaccionaba. Pero no sé si, en su interior, se reía o lloraba.

Lo peor llegaba al atardecer. Me sentía tan solo y lejos del mundo... Desde nuestra habitación, miraba las ventanas iluminadas del otro edificio, que quedaban un poco más abajo, y le describía a Adrien todo lo que veía. También miraba a lo lejos, más allá del batiburrillo de la periferia, los bloques y las chimeneas de una fábrica de donde se escapaban ristas de grandes nubes blancas. Visto desde allí, todo parecía tranquilo y, sin embargo, al detener la mirada por un instante en la ciudad iluminada, en determinados lugares racimos enteros de lucecitas amarillas se apagaban de golpe, dejando en su lugar sólo una mancha oscura, como una llaga.

Una noche, me desperté sobresaltado al oír sollozos y un murmullo de lamentos. La vieja del pasillo estaba junto a mi cama, gimiendo. «¿Qué te ocurre, hijo mío? —repetía—. ¿Qué haces aquí?». En cuanto me sobrepuse, le dije que ya estaba bien y que no tenía por qué preocuparse. «Pero yo no soy su hijo, señora —añadí—. Ahora tiene que volver a la cama». Esto me ocurrió varias veces, incluso varias veces en la misma noche. Al principio, llamaba a la enfermera, que venía para llevarla a la cama. Pero con el tiempo dejó de acudir nadie, por mucho que llamase. Entonces, la acompañaba yo. Y cuando llegábamos a su habitación, se iba derecha al armario a buscar su bolso, sacaba de él un billete y me lo deslizaba en la mano. «Cógelo —me decía—, es para la gasolina». Yo lo aceptaba, por no hacerle un feo, y volvía a acostarme.

De nada sirvió que le repitiera una y mil veces que yo no era su hijo; venía a arroparme por las noches, luego volvía a velar mi sueño y por la mañana a untarme mantequilla en las tostadas porque yo no era capaz de hacerlo sin romperlas. No volví a decir nada. La dejé hacer.

Cuando los médicos pasaban a vernos en manada, por la mañana, y me preguntaban qué tal andaba, yo les contestaba que estaba preocupado por Jeff y por mi paloma. Les decía que me daba vergüenza, pero que muchas veces lloraba por las noches. También les decía que me dolía un pelín al toser. Por lo demás, iba tirando. Ellos o me auscultaban un poco o no me auscultaban, dependía del día, y me decían que me iban a dar algo para todo eso. En cuanto a Adrien, se limitaban a girar un par de

mandos, como para hacerle algunos ajustes. En ocasiones, decidían quitarle un aparato para sustituirlo por otro hasta el día siguiente, cuando volvían a cambiar de opinión y de nuevo instalaban el primero, que a fin de cuentas parecía irle mucho mejor. Sin embargo, Adrien sí que habría necesitado que se ocuparan de él y que lo escucharan un poco, aunque no tuviera nada que decir. De modo que, para que se interesaran algo más por él, les dije que a veces hablaba dormido, que murmuraba cosas incomprensibles y que esto sucedía cada vez con más frecuencia. Pero no se sorprendieron o por lo menos hicieron como que no. El más viejo y más inteligente de ellos, que debía de ser el jefe, se encogió de hombros y me dijo: «A veces ocurre». Hasta llegué a contarles que había empezado a incorporarse en la cama, todas las noches a la misma hora, y que se ponía a cantar *La Internacional*. No les causó mayor impresión. Me dijeron que ya se ocuparían de ello y que mientras tanto le darían algo para calmarlo. Después de aquello, ya no les conté nada más. No se me ocurrieron más ideas.

Me cansé de los paseos hasta el final del pasillo, de las tardes interminables sentado frente a los ascensores. Ya casi me encontraba tan en forma como antes, como cuando estaba convaleciente. Entonces partí a explorar los otros pisos. En el tercero, charlé un poco con una persona que me preguntó de dónde venía.

—Del quinto —le dije.

—¿Y se está bien allá arriba?

—No se está mal, la vista es muy bonita. ¿Y por aquí qué tal? —le pregunté.

—También se está a gusto —me contestó—. Todo el mundo es muy amable, no podemos quejarnos.

—Pues mira qué bien.

—Parece que está usted bastante mejorado —comentó—. Saldrá pronto, ¿no?

—Todavía no me lo han dicho, pero no tengo prisa. ¿Y usted, cuándo se va?

—Prefiero no pensarlo...

—Entiendo.

Y luego le dije que iba a seguir y que igual me pasaba por el segundo a ver cómo era aquello. Incluso le propuse que se viniera conmigo, pero él prefería no cansarse demasiado. De todos modos, me acompañó hasta el ascensor. Y en el momento de separarnos, me dijo: «¿Qué hemos hecho para merecer esto? Se lo pregunto. ¿Qué hemos podido hacer?». No me dio tiempo a contestar, ya se habían cerrado las puertas. Mejor así, porque no tenía ni idea de qué habíamos podido hacer. ¡No habíamos hecho nada, caramba! ¡Menuda pregunta!

Me di una vuelta por el segundo piso, que se parecía a los demás, poblado por los mismos fantasmas en pijama que erraban por los pasillos. Vi las mismas miradas fijas en la penumbra de las habitaciones, tras las puertas entreabiertas, las visitas que ya no saben qué decir y se duermen en las sillas. Se oían ruedas que chirriaban, disparos, le

habían dado a alguien. Se oían lamentos, que llegaban de un poco más lejos, y las voces fuertes de las enfermeras, que salían de las habitaciones y terminaban las frases en el pasillo. Esa vez fui por las escaleras y bajé hasta el primero. Aparte del color de las paredes, nada parecía distinto. Pero no me quedé mucho, porque enseguida me vieron y me pidieron que volviera al sitio de donde venía. De todos modos, quise ver lo que ocurría en la planta baja y si por casualidad no habría una cafetería. Pero quizá debería haber tomado a la derecha al salir del ascensor, así habría evitado perderme. Y, en vez de volver sobre mis pasos, empujé una puerta, luego otra. Atravesé una sala de espera desierta y, al final de un pequeño pasillo, cogí a la izquierda. Y el sitio al que llegué era como la retaguardia en una batalla encarnizada. Todo el mundo corría por todas partes, de un gemido a otro. Llegaban tantos heridos que ya no sabían dónde ponerlos ni si había que ocuparse antes del que más chillaba o del que ya no decía nada. Viendo aquello, uno se daba perfecta cuenta de lo que pasaba en el frente. De modo que no dudé mucho. Fui hacia un médico y le dije que me ofrecía voluntario para ayudar, que tenía un amigo que había practicado un poco la medicina en otro tiempo y que me las apañaría. «Dígame qué puedo hacer». Sin apenas mirarme, me contestó: «Vuelva a acostarse, es lo mejor que puede hacer». Su frialdad me dejó de piedra y no insistí más. Entonces pensé que por mí podían reventar todos. Pero no lo sentía. Lo juro.

Con todas las luces que la ciudad perdía cada noche y toda la gente que llegaba a la planta baja, tenía que acabar sucediendo, debería habérmelo esperado. Cuando volví a mi habitación, había una cama más, encajada entre la de Adrien y la mía. Y alguien allí acostado, que acababan de traer, recién sacado del agujero. Se habían terminado los días tranquilos.

El nuevo no era ninguna joyita. No paraba de gemir y refunfuñar, y cuando paraba era para contarnos su vida y sus miserias. A mí eso me molestaba, sobre todo comparándolo con Adrien, que nunca decía nada y sin embargo tenía más motivos para quejarse. Al principio pensé que después de algunos días se calmaría y quizá tendríamos un poco de paz. Pero la cosa no cambió. Él nunca estaba bien. Quería que le subiéramos la cama, que le pusiéramos una almohada en la espalda, que le levantáramos las piernas; quería que yo le cortara la carne, pero no en trozos grandes, que le llevase el orinal, que le girase un poquito la tele, que cambiase de cadena, que le rascase la planta de los pies, que cerrase la ventana porque tenía frío, que abriese la puerta para que pudiera ver fuera, que fuese a buscar al médico, que no venía, y agua fresca al final del pasillo. Me agotaba. El único momento en que dejaba de lamentarse era por la noche, cuando yo me ponía en la ventana.

—Entonces, ¿qué ves? —me preguntaba.

—De momento, nada. Está solo.

Yo le hacía sufrir un poco. Él se impacientaba.

—Pero si ya es la hora...

Y entonces empezaba.

—Ya está, ella acaba de entrar en la habitación.

—¿Cuál es? —preguntaba.

—La morenita.

—¿No es la pelirroja?

—No, es la morena. Espera... Acaba de llegar otra.

—¿Quién es?

—Esta vez es ella, la reconozco, es la pelirroja que te gusta...

Era su preferida, sobre todo cuando iba con el pelo suelto, aunque si me hubiera pedido la rubia, como hacía algunas noches, también habría podido hacer que entrara. Pero siempre me limitaba a tres, porque si no me liaba. Era demasiado complicado describirlo y ya no se entendía nada.

En cualquier caso, así era como empezaba la historia del afortunado de enfrente. Ya se la sabía de memoria, pero daba igual, nunca se cansaba. Era su nana, y siempre se quedaba dormido antes del final. Entonces nos llegaba la paz a mí y a Adrien, que de todos modos, en el fondo, muy en el fondo de su cabeza, a veces debía de pasárselo en grande.

Una noche, observando así el otro edificio, en una ventana vi a Jeff, que me miraba sonriendo. Fue sólo una aparición.

Unos días después de la llegada del nuevo, nos trajeron otro más, que habían sacado de debajo de los escombros. Pero por mucho que giraron las camas en todos los sentidos y estudiaron todas las combinaciones posibles, no fueron capaces de hacerle sitio. En nuestra habitación cuatro no cabíamos, no había nada que hacer. Ya sólo Adrien, con todo su equipo, ocupaba el espacio de dos. Me daba un poco de rabia que no quisieran reconocerlo, que insistieran y siguieran rompiéndose la cabeza, cambiándonos de sitio, una y otra vez, tirando y empujando cuando no entraba. Yo les dije que no merecía la pena seguir insistiendo y que, a no ser que nos apilaran los unos encima de los otros, no íbamos a caber cuatro, eso era obvio. Al final lo admitieron y fui yo quien acabó en el pasillo. Les faltaba sitio, estaban desbordados, no había otra solución. Fue entonces cuando empecé a preguntarme si no estaría de más y si no estarían tratando de hacérmelo ver con toda educación.

Me habían colocado bien pegado a la pared, para que no impidiera el paso, pero de todas formas me daba perfecta cuenta de que estando allí molestaba, porque normalmente, cuando pasaban junto a mí, suspiraban. No obstante, yo me eclipsaba cada vez más tiempo. No se me veía más que a las horas de las comidas y por la noche, cuando volvía a mi cama. El resto del día lo pasaba en la otra ala del edificio, en la maternidad, que había descubierto por casualidad en una de mis excursiones. Allí, intentaba pasar desapercibido, me sentaba en un sillón bien cerca de la puerta de

entrada y escuchaba berrear a los recién nacidos.

Sólo hacía tres días que dormía en el pasillo cuando, no sé por qué extraño motivo, con qué dudoso pretexto, me dijeron que estaría mejor al otro extremo de la planta y me instalaron enfrente de los ascensores, justo al lado de la maquina de café, en plena corriente de aire.

No hizo falta que insistieran más. Comprendí adonde querían llegar. Yo tengo mi orgullo. Una mañana, al alba, me vestí, recogí mis pocas cosas y me dispuse a despedirme. Primero de la vieja, que seguía dormida y a la que no desperté. «Me voy, mamá —le dije—. Te cojo un poco de dinero del monedero. Cuídate». Y luego de Adrien, a quien con gusto me habría llevado conmigo, de no haber sido tan aparatoso. «Me voy, Adrien. Me voy a casa de mi hermana. Quédate aquí, al calorcito —le dije —, no hay prisa. Y, cuando todo haya acabado, podrás abrir los ojos». Me separé de él, con el corazón en un puño, cerré la puerta suavemente y luego recorrí aquel largo pasillo por última vez. Me crucé con la mirada de la enfermera del turno de noche detrás del cristal. Ella sabía que me iba, pero no me detuvo, hizo como si no sospechase nada.

En el momento en que salía, un coche se iba del aparcamiento. Me aproximé y le pregunté al conductor si podía dejarme en alguna parte. Tuvo la amabilidad de acercarme a la estación. Y el resto del camino lo hice a pie, rogando al dios de las agujas y al santo patrón de las catenarias para que hubiera un tren. Hasta entonces no había sido muy exigente, bien podrían concederme eso.

EDIFICIOS Y VENTANAS, ventanas y más ventanas, fábricas y postes, puentes y postes. Un viejo tren que se arrastra, un tren que dejamos atrás, y edificios y ventanas, y puentes y postes. Y los raíles que relucen, serpentean y se cruzan, se cruzan y se descruzan, y más ventanas y estaciones chiquititas, vagones abandonados y enormes almacenes. Pintadas en las paredes, locales para alquilar, edificios y ventanas, fábricas y postes. Y el balasto y las vías, las vías y las traviesas, los relojes de las estaciones, los trenes de mercancías, las líneas que pasan desfilando. Chimeneas, silos, depósitos de agua y cubas, montañas de arena, puentes y postes. Tejados y antenas, casas y casas, un barco en el jardín, un canal y sus chalanas, bosquecillos de árboles raquíuticos, y un hombre que camina y una gran cisterna. Caminos y calles, calles y carreteras, un vertedero que echa humo, un desguace y abedules. Un inmenso cementerio, un aparcamiento desierto, jardines obreros, perales bien plantados, viejos neumáticos apilados, chapa ondulada. Una planta depuradora que remueve bien la mierda, que hace espuma y borbotea como un enorme cocido. Una estación de servicio, una zona comercial, una zona industrial, y un largo túnel negro y mi reflejo en la ventana y se me taponan los oídos, y del otro lado, lo mismo que del otro lado. Y luego la nieve, poco a poco, que cubre el gris, primero sólo un velo transparente y más allá todo es blanco. Árboles talados, grúas, obras, una cantera, un vivero, invernaderos, terrenos baldíos, un tren que cruzamos y que nos sacude. Y luego campos hasta donde alcanza la mirada, adiós a la ciudad y a la periferia, y la nieve se va y pronto todo es verde. Verde claro y oscuro, seco y empapado, pastos, prados, vergeles, matorrales, cuervos, tierras labradas, campos inundados, charcas y estanques, aves rapaces en los postes, arroyos, castillos, bosques, pasos a nivel, coches que esperan, pueblos y campanarios, muérdago en los árboles, lomas de terciopelo, viñedos en las colinas, granjas perdidas y caminos embarrados. Y la noche que cae, y pronto mi hermana, al final del camino.

TANTO HABÍA CAMBIADO mi hermana que, cuando abrió la puerta, me dio la impresión de tener delante a mi pobre madre. Al verme, ella también se quedó unos segundos con la boca abierta, antes de invitarme a pasar. Al verme allí, no salía de su asombro. Me preguntó por qué no había avisado, por qué al menos no había llamado desde la estación para que fueran a buscarme. Le dije que había preferido darle una sorpresa, que era mejor así. Ella me dijo que, desde luego, sí que había sido una sorpresa. Luego nos sentamos y nos pusimos a contarnos la vida. Hasta entonces, yo nunca se la había contado a nadie, porque nunca me lo habían pedido, pero me hizo gracia ver que no tardaba más de un cuarto de hora en hacerlo. Aunque, para tranquilizarme, me dije que seguramente había olvidado un montón de cosas.

También hablamos mucho de los hundimientos. Le pregunté cómo estaba la cosa por allí. Ella me dijo: «Ni me hables...». No me sorprendió mucho. Le dije que en la ciudad era aún mucho peor y que ya no sabíamos ni dónde poner los pies. «Tendrías que ver el pueblo...», me dijo. «A nosotros —contesté— los edificios se nos caen encima, y yo me he quedado sin casa». «Tendrías que ver el paisaje...», exclamó.

Si había ido hasta allí era para dejar pasar la tormenta y recuperar las fuerzas. El aire del campo era lo que me hacía falta, lo que me habían aconsejado. Había pensado: «Esperemos hasta primavera, para entonces las aguas habrán vuelto a su cauce. Podré irme y reunirme con Jeff, que ya se habrá buscado un rinconcito tranquilo, a la espera de ver las cosas más claras». Por lo menos yo confiaba en eso. No tenía otros planes. Pero cuando mi hermana me preguntó si me quedaba a cenar, de pronto me sentí muy incómodo. No esperaba menos, de modo que, como es natural, acepté. Ella me dijo: «Ya verás qué sorpresa se lleva Jean cuando vuelva». «Yo también —contesté— tengo ganas de volver a verlo». Luego me dijo que tenía que ponerse a preparar la cena y que, como debía de estar cansado del viaje, si quería descansar un rato, que no dudase en hacerlo. Le contesté que bastante había descansado ya en el hospital y que prefería quedarme con ella. Me confió un montón de verduras para que las pelase y así, de cháchara, entre el vapor de las marmitas, me confesó que antes, al abrir la puerta, se había quedado petrificada porque le había parecido que tenía delante a su pobre padre.

Luego salí a dar una vuelta, sin alejarme mucho, porque era de noche y no se veía nada. Pero había infinidad de viejos recuerdos en el aire y me sentó bien respirarlos. También estaba la luna, que no había cambiado. Mirándola, me acordé de Jeff y pensé que en aquel mismo instante, allá donde se encontrase, quizá también la estuviese mirando. A fin de cuentas, tampoco era tanta la distancia que nos separaba. Luego volví a entrar, pusimos la mesa y nos sentamos en el sofá a esperar a Jean, que no llegaba. «¿A qué hora sale?», pregunté. «Depende del día —contestó—, ya debería de estar a punto de llegar».

Seguimos charlando un rato. Le conté que yo tenía un amigo y una paloma de los que no sabía nada. Eso le hizo caer en que allí, desde hacía algún tiempo, ya no se veían pájaros. Yo le dije que los de la ciudad se habían marchado ya hacía mucho.

Luego ella se cansó y decidió que no íbamos a pasarnos toda la noche esperando a su marido, porque seguramente también ese día volvería tarde. Nos sentamos a la mesa. «Verás como ahora llega, no falla», me dijo.

Hacía años que no comía tan bien, hacía mucho que no me sentía un poco tranquilo. Pero cuando ella empezó a bostezar, en los postres, y me preguntó si me quedaba a dormir, me sentó como una patada en el estómago. Hice como quien duda, como quien no quiere molestar, pero por suerte insistió, y acepté. Nos tomamos una infusión, luego ella subió a prepararme la habitación y nos fuimos a la cama.

Apenas dormí. Me preguntaba por qué no me había llevado más que un cuarto de hora contarle todos los años de mi vida. Sin embargo, estaba seguro de no haber olvidado nada. Entonces, ¿qué había hecho con todo aquel tiempo? ¿Qué había sido de él? ¿Y por qué ya sólo quedaban unos cuantos minutos aburridos? Cuando llegase el momento de ver la película de mi vida, no sería muy larga, pensé, sobre todo si la pasaban a cámara rápida. Nada más acomodarme, sin ni siquiera haber tenido tiempo de comprarme un polo, ya habría acabado la sesión. Me pasé toda la noche pensando en este tipo de cosas. Los techos y las paredes crujían.

Al día siguiente, me levanté pronto, la casa todavía estaba en silencio. Bajé de puntillas y salí. Había decidido dar un buen paseo cogiendo por un caminito que salía un poco más lejos, atravesaba los campos y luego se metía por el bosque. Aún no había visto nada de los alrededores, estaba impaciente por respirar aire puro, por volver a descubrir el paisaje. Pero no me esperaba aquello. La mayoría de las casas que vi al atravesar la aldea se hallaban en un estado lamentable. Los techos se combaban, algunos ya no iban a aguantar mucho. Aquí se había derrumbado un trozo de pared, allí toda la casucha se ladeaba y sólo se tenía en pie gracias a los puntales. Pero lo que más me impresionó fue un agujero gigantesco que había en el patio de una granja. Me acerqué para verlo mejor. En el fondo había un tractor volcado, con el remolque por encima y el perro de la granja, fiambre, al final de su cadena. Al principio no lo había visto —si no, no me habría acercado—, pero enfrente de mí, al otro lado del cráter, había un hombre, fumándose un cigarrillo en el umbral de su puerta. No me quitaba ojo. Yo me sentía un poco incómodo por estar allí metiendo las narices en su desgracia, de modo que, no sé por qué, me dio por saludarlo con la mano. Se tomó el tiempo de ponerse el cigarrillo entre los labios y luego me contestó con un hermoso corte de manga. Yo pensé: «¡Pues si te lo tomas así, que te den!». Y seguí mi camino pensando que tenía suerte de que Jeff no estuviese allí, porque él no se lo habría tomado tan bien y, por menos que eso, aquel tipo podía haber acabado en el fondo del hoyo con su tractor, su perro y su remolque. Luego tomé el sendero que llevaba al bosque. Me había puesto de los nervios.

A ambos lados del camino, los campos estaban trufados de cráteres, pero que parecían hechos por meteoritos gigantes. Había grietas que se ramificaban por todas partes, y lancé piedras para calcular su profundidad, aunque nunca oí que tocaran fondo. En algunos lugares la tierra estaba tan blanda que daba la impresión de

caminar sobre una esponja. No me aventuré más lejos, ya había visto bastante. Mi hermana no exageraba. Despacito, di media vuelta.

Cuando llegué, estaba sentada a la mesa de la cocina. Le conté lo que había visto y que se me habían quitado las ganas de pasear. Le dije que igual luego me daba una vuelta por el jardín y que con eso bastaba. Le pregunté si Jean aún dormía y a qué hora había llegado al final. Ella me dijo: «No llegó». Pero no parecía muy preocupada por saber dónde pasaba las noches. Yo no quise indagar más. Luego me preguntó si pensaba quedarme a comer. Aquellas preguntas empezaban a hartarme.

Al principio pensé que ya se le pasaría o que quizá era un poco dura de oído, de modo que empecé a hablar más alto y claro. Pero todas las mañanas siguientes, sistemáticamente me preguntaba si pensaba quedarme a comer, y después de la comida, si me quedaba a cenar, y después de cenar si tenía intención de quedarme a dormir. Y eso que yo le había dicho que me gustaría instalarme en su casa una temporada, quizá hasta la primavera, pero ella no se daba por enterada. Sin embargo, no lo hacía a propósito, no era para darme a entender que estaba de más, porque parecía alegrarse sinceramente de tenerme a su lado. Para evitar cualquier malentendido, se me ocurrió que tal vez debería volver a hablar con ella del tema. Y eso fue lo que hice. «Oye, como ya te he contado, me he quedado sin casa, y me vendría bien instalarme aquí un mes o dos, quizá tres». Ella contestó: «Claro, ya sabes que estás en tu casa, puedes quedarte todo el tiempo que quieras». Fue un gran alivio oír eso, pero no duró mucho, porque justo después me preguntó si me quedaba a cenar. Entonces comprendí que le faltaba un tornillo. No tenía otra explicación.

En cuanto a su marido, lo esperábamos para todas las comidas, pero nunca apareció. Sin embargo, en el desayuno, la comida y la cena, ella ponía la mesa para tres. Finalmente, acabé por preguntarle si no se preocupaba. Ella me contestó: «Siempre es así».

El domingo era el día en que sus hijos venían a comer con ella. Se pasaba toda la mañana en los fogones. Poníamos la mesa para doce, pero al final siempre éramos los dos de costumbre. «Será que igual vienen la próxima semana —me decía ella cuando moría la tarde—. Puedes terminarte la tarta».

Y nos pasábamos la semana comiendo las sobras del domingo. Todos los días, yo esperaba delante del plato como un niño bueno a que llegase Jean, y todos los domingos a que por fin apareciese el resto de la familia, y hacía como que me desilusionaba al ver que no venía nadie, y hacía como que la creía cuando me decía que todos vendrían la semana siguiente. Ponía mucho cuidado en no presionarla, pero no dejaba de preguntarme dónde se habrían metido, en qué simas habrían caído, juntos o por separado, en qué foso habrían acabado, a no ser que todos ellos hubiesen huido al fin del mundo. La verdad es que no tenía ni idea, pero de lo que estaba seguro era de que ya podía esperar, que ellos no llevaban trazas de aparecer pronto.

Más de una vez me entraron ganas de sacudirla y preguntarle cuándo iba a decidirse a abrir los ojos. Pero nunca le dije nada, siempre le seguí la corriente. Es

probable que un simple fogonazo de lucidez la hubiese matado. Me recordaba a las casuchas de la aldea. También era un milagro que ella se mantuviese en pie.

Empezó a hacer menos frío. Luego hubo una especie de estación de las lluvias. El agua bajaba de las colinas, del bosque, brotaba por todas partes, llenaba los agujeros, goteaba en las grietas, en las fisuras, en los intersticios más pequeños, y ablandaba la tierra, que era ya lo que le faltaba.

Para pasar el rato, durante ese diluvio, ella me enseñaba una y otra vez las fotos de la familia. Yo le contaba las aventuras de Jeff como si fuesen mías. También pasábamos largos ratos en la ventana, mirando caer la lluvia y observando la casa de los vecinos de enfrente, que se hundía poco a poco en el suelo empapado, por un lado más que por el otro. Acabaría por irse a pique. A mi hermana le hacía gracia, parece ser que no eran muy majos. Un día, los vimos correr bajo la lluvia, echaron unas cuantas cosas en el coche y luego se fueron. Al final también nosotros tendríamos que hacer eso, pensaba yo, porque algunas noches me despertaba oyendo unos crujidos tan fuertes que tenía la impresión de estar a bordo de un barco que acabara de destriparse en un arrecife. Desde luego, allí no iba a quedarme mucho tiempo.

Luego pararon las lluvias y la tierra empezó a oler bien, a primavera. Entonces me dije que era el momento de volver a casa, tratar de encontrar a Jeff y ver cómo iban las cosas por allá. Se lo fui dejando caer a mi hermana, para prepararla. Todos los días le decía que igual me iba la semana siguiente. Todos los días ella me preguntaba si no podía quedarme un poco más, porque sería una pena que me fuera sin haber visto a Jean y a los niños. Y faltaba poco para que los campos se llenasen de primulas, tenía que verlo, y luego llegaría la Semana Santa, y luego me quedaría un poco más, para ir a recoger muguete<sup>[2]</sup>. Me daba pena. En varias ocasiones retrasé el día de mi marcha. Intenté convencerla de que se fuese conmigo, pero ella se negaba.

Así que me quedé hasta las primulas, para complacerla, parecía que le hacía ilusión. Y luego le dije que había llegado el momento. Una mañana, me fui. Ella no estaba triste, porque no creo que comprendiera que me iba de verdad. Si no, no me habría preguntado desde la puerta si me esperaba a comer. Mi hermana no estaba triste, de eso estoy seguro. Pero yo sí. Inconmensurablemente.

Al final de la aldea, al pasar por la granja, volví a ver a aquel pobre hombre que seguía igual que la otra vez, al borde de su agujero, fumándose un cigarrillo. Se me ocurrió que a lo mejor le sentaba bien hacerme un corte de manga, si estaba triste. Me acerqué un poco, esperé a que se fijase en mí y le hice señas. Él me miró sin reaccionar. Volví a empezar. Él le dio una última calada a su cigarrillo y, de una toba, lanzó la colilla al cráter. Luego me dio la espalda y entró en su casa.

«Así son las cosas —pensé—, cuando quieres agradar...».

Y en el largo camino que me separaba de la estación que me separaba de la otra estación que me separaba de Jeff, volví a pensar en lo que me había dicho un día: «Si

yo tuviera alas, te aseguro que no estaría aquí». Yo también habría pagado cualquier precio por hacerme con un par. Aunque fuesen de segunda mano. Aunque fuesen alas de gallina, muñones de alas de gallina, no habría regateado. Me habría bastado con que me diesen para pegar unos cuantos brincos. Parecía que iba a hacerme falta.

GRANJAS PERDIDAS Y caminos barrados, viñedos en las colinas, lomas de erciopelo, muérdago en los boles, pueblos y campanarios, coches que esperan, pasos nivel, sques, c stillos, arroyos, aves rap en postes, charcas y estanques, campos dados, tierras labradas, cuervos, matorrales, vergel , prad , pastos, seco y empapado, verde claro y oscuro. tren que cruzamos y que nos sacude, terrenos baldíos, invernaderos, n vivero, obras, grúas, árboles talados. Y un largo túnel negro y mi reflejo n la ventana y se me taponan los oídos y del otro do, lo mismo que del otro lado. Una zona dustrial, una zona comercial, u estación de servicio. Una planta depuradora que re bien la mierda, que hace espuma borbotea enorme cocido. Chapa ondulada, apilados, perales bien plan obreros, un aparcamiento enso cementerio. Un desguace y abe vertedero que echa , calles y carreteras, caminos calles. Un hombre que camina y una gran cisterna, quecillos de árboles raquíuticos, un canal y sus ch anas, un barco en el jardín, casas y casas, tejados y antenas. P ntes y post s, montañas de arena, depósitos de agua y c as, silos, chimeneas. Las líneas que pasan desfilando, l trenes de mercancías, relojes de las estaciones, las vías y las traviesas, el balasto y las vías. Fábricas y postes, edificios ventanas, locales para alquiler , pintadas e paredes. Vagones abandonados y enormes almace y ventanas y estaciones chiquititas, y los raíles que cen, serpentean y se cruzan, se cruzan y s cruzan. Y puentes y postes, y edificios ventanas, un tren que dejamos atrás, un viejo tren que se arrastra. Puentes postes, fábricas postes, ventanas y más ventanas, edificios ventanas. Y mi hermano, quizá, al final del camino.

HABÍAN BOMBARDEADO LA ciudad. Eso es exactamente lo que parecía. En cualquier caso, fue lo que pensé al salir de la estación y ver el panorama que se me presentaba.

Yo sabía dónde tenía posibilidades de encontrar a Jeff, de modo que no perdí tiempo y me puse en camino, atravesando calles que en ciertos lugares hacían pensar en mandíbulas desdentadas. Ya no quedaban en pie más que mitades de edificios, pedazos de fachadas, como tocones podridos. Para evitarme rodeos y ganar tiempo, escalaba los escombros, las montañas de cascotes. Me paraba en la cumbre para recuperar el aliento y, antes de bajar al otro lado, aprovechaba ese punto de vista para tratar de orientarme y escoger el camino que me parecía menos peligroso. Las calles desfiguradas se parecían todas unas a otras. En cada cruce, buscaba puntos de referencia, me pasaba un buen rato dudando antes de continuar. Varias veces me perdí intentando rodear fallas cuyo final no se veía ni a un lado ni al otro. Deshacía lo andado y acababa aún más perdido. Hice intentos por pedirle indicaciones a alguien, pero las escasas personas que me crucé eran como animalitos asustados y caminaban sin separarse de la pared. Como ratones a lo largo de un rodapié.

Atravesé barrios menos desesperantes, donde todavía estaba en pie la mayoría de los edificios, sin apenas fisuras. El suelo también parecía firme, pero ¿cuánto tiempo le quedaba? Luego, unos cien metros más allá, se acababa el respiro, todo se volvía de nuevo siniestro y amenazante.

Ya estaba temiéndome que me había perdido otra vez, iba a pararme, quizá dar media vuelta, cuando por casualidad, en un cruce, topé con el metro aéreo que llevaba directamente a mi barrio. Fui siguiendo las vías que se rizaban como montañas rusas.

A lo lejos reconocí los árboles del cementerio. Luego dejé la avenida y tomé la calle larga que bajaba hasta la plaza.

El Terminus estaba cerrado. No me habían esperado. Pegué la nariz al cristal. Seguramente se habían ido hacía ya mucho tiempo. Había trozos de yeso caídos del techo por todas partes, en las mesas y en el mostrador. Crucé y fui a sentarme enfrente, en la parada de autobús, que aún seguía intacta. No habría podido dar un paso más. Me quité los zapatos. Tenía los pies plagados de grietas y ampollas. Jeff y yo siempre nos habíamos encontrado allí. Así que no tenía más que esperarlo, pensé, quizá acabaría por aparecer.

Eso hice a la mañana siguiente, me pasé allí todo el día, esperando. Pero en vano. Así pues, en los días que siguieron fui recorriendo el barrio en su busca. Pasé por todas las calles, callejuelas y callejones. Lo llamé, pero nadie contestó. Empujé puertas de edificios que ya no eran más que carcasas vacías. Fui a mirar al parque de bomberos, me di una vuelta por las instalaciones, pero allí tampoco quedaba nadie. «Salvarse o morir», habían escogido bien. Incluso fui hasta el cementerio y recorrí todos sus caminos. Tras las verjas de los panteones, vi ojos que brillaban en la sombra. Se oían susurros. Había familias enteras allí apiñadas. Pero Jeff no estaba.

Durante días, arrastré mis pies sanguinolentos a través de ruinas y amasijos de cascotes. Busqué sin descanso, haciendo una y otra vez los mismos recorridos. En

varias ocasiones estuve a punto de romperme la crisma, de acabar bajo un hundimiento o en el fondo de un agujero. Comía lo que encontraba entre los escombros. Bebía agua que manaba de las canalizaciones rotas. Y, si las noches sin farolas no hubiesen sido tan negras, seguramente habría continuado mi búsqueda de noche. Pero, al morir el día, sólo me quedaban fuerzas para volver a subir hacia mi casa y trepar a cuatro patas al que en otro tiempo fuera mi edificio, ahora un gran montón de cascotes. Dormía arriba del todo, bajo el tejado, como antes. Una viga me servía de almohada y me tapaba con una placa de zinc. Nada que ver con la cama que había en casa de mi hermana, pero de todos modos daba igual, porque estaba seguro de que una noche, muy pronto, me tumbaría allí y quizá por fin encontraría a Jeff, en un sueño como de algodón, y al despertar los mismos ángeles me llevarían el desayuno a la cama. Y la mermelada estaría llena de plumas.

Una mañana me despertaron, pero no fue ningún ángel, sino el agente inmobiliario, que estaba allí, con el traje hecho un guiñapo, apoyado en una muleta que se había fabricado él mismo. No salía de mi asombro al verlo allí delante, un poco tullido, pero vivito y coleando. No me dio tiempo a recuperarme, me dijo que se alegraba mucho de encontrarme, que no podía haber aparecido en mejor momento, porque acababa de captar un producto interesante, justo lo que yo buscaba. «¿Lo que yo busco?», le pregunté. «Exactamente», me contestó. Luego me describió un apartamento con buena distribución, tranquilo y luminoso, sin nada enfrente, con una vista amplia y muchas horas de sol. «Cuando el tiempo está despejado, se ve Inglaterra. Y al otro lado, la línea azul de los Vosgos». Estaba dispuesto a enseñármelo, si yo quería. «Pero hay que darse prisa —me dijo—, porque ya hay gente muy interesada». Podíamos ir enseguida, estaba muy cerca y no hacían falta llaves. Yo seguía tratando de comprender por qué milagro había salvado la vida. «Eso sí —me dijo—, le advierto que hay que hacer algo de reforma, aunque es poca cosa». Empezaba a ponerse pesado. Le pedí que se callara. No me escuchó. «Además, tiene pocos gastos y estará muy tranquilo. No hay vecinos ni encima ni a los lados ni debajo. No hay vecinos». Volví a pedirle que cerrara la boca. Pero él seguía vendiéndome la moto. Entonces, lo cogí por el cuello y lo sacudí para que se callara de una vez. Le dije que mirara un poco a su alrededor. Le pregunté si no veía lo que estaba ocurriendo. Si no veía que ya no había nada que vender ni nadie que lo comprase. Le dije que pronto acabaría todo y que ya no servía de nada seguir contando esas tonterías. Se quedó parado, con la boca entreabierta y, cuando le dije que yo estaba buscando a Jeff y no un apartamento, de pronto adoptó una expresión grave y afectada. «Era un gran hombre», me dijo. Y luego se persignó.

Sentí entonces como si se me abriera un abismo dentro. Pero no me hundí, porque a Jeff no le habría gustado. Únicamente vacilé un poco. Me mantuve digno y firme.

Luego me llevó al lugar donde había ocurrido. Allí donde con sus propios ojos lo había visto desaparecer cuando el suelo se abrió bajo sus pies. Nos quedamos allí un rato, los dos de pie, al borde de aquel agujero, estrecho como un pozo. Luego me dejó

solo, haciendo mutis discretamente.

Para acabar con todo, podría haber saltado con los pies juntos en el suelo resquebrajado. Podría haber dado patadas por las paredes para que se derrumbasen sobre mí. Pero ya no me quedaban fuerzas. Opté por sentarme en el suelo y esperar. Ya no iba a moverme de allí. Probablemente no sería mucho tiempo.

«TODAVÍA VIVO», ME dije al abrir los ojos, al día siguiente. Ya estaba durando mucho. Había dormido en la calzada, con la cabeza apoyada en el bordillo. Me sobresalté. Sentado junto a mí estaba el agente inmobiliario, que esperaba como un niño bueno a que yo me despertase. Me dijo que aquella vez sí que tenía algo que iba a interesarme. Un negocio único. Una ocasión que había que aprovechar. Había que ir a verlo inmediatamente. No le dejé hablar más, no estaba de humor para escucharlo. Me levanté, cogí un adoquín y creo que, si no hubiese salido corriendo enseguida, por muy cojo que estuviera, habría hecho una locura.

Iba a acostarme de nuevo, de una vez por todas, y volver a cerrar los ojos, quizá ya para siempre. Pero luego pensé que a lo mejor todavía podía hacer algo por Jeff. Un último esfuerzo, se lo merecía. Subí hasta el cementerio con la esperanza de encontrar algunas flores en las tumbas. Sólo había rosas de plástico, pero recogí suficientes para hacer un ramo y fui a echarlo en su agujero. Y en ese mismo instante, escuché berrear:

—¡Joder! ¿Qué es esta mierda?

Agucé el oído. El corazón se me salía del pecho. La voz continuó:

—¿Quién coño me está tirando cosas encima, joder?

Entonces me tumbé boca abajo y grité:

—¡Jeff! ¿Eres tú, Jeff?

—¿Quién está ahí arriba?

—¡Soy yo, Jeff! ¡Soy yo!

Al principio no sabíamos qué decirnos. La emoción del reencuentro. Pero luego, al cabo de un rato, me preguntó si no podía dejar de lloriquear de una vez, porque, como siguiera así, iba a acabar con el agua al cuello. Le contesté que no podía evitarlo y que era por la alegría.

Nuestras voces hacían eco. Teníamos que hablar alto y claro, era agotador. Me dijo que aquello era lo que le había pasado sólo por estornudar. Me dijo que le daba rabia haberse dejado coger por un agujero tan pequeño, él que había escapado a las peores grietas, a abismos sin fondo, a tantos otros peligros. Me dijo que ya no sabía a ciencia cierta cuánto tiempo llevaba allí atrapado. Me dijo que se alimentaba mordisqueando pequeñas raíces y que bebía el agua que goteaba por una tubería, justo debajo de su nariz. Me dijo que a veces el tiempo se le hacía largo. Me dijo que al principio todavía se ocupaban un poco de él, siempre había alguien que iba regularmente a echarle unos restos o darle conversación. Pero ya no. Me dijo que a veces iba gente a gritarle que haría mejor en buscar trabajo y que se había metido allí sólo para no tener que currar. Me dijo que lo peor era que ya no podía moverse, debido a que estaba atrapado en el cemento hasta la cintura desde que fueron con un camión para rellenar su agujero. Me dijo que hacía bastante que esperaba auxilio, así que ya empezaba a impacientarse. Me dijo que aparte de eso, iba tirando. Tuvo que interrumpirse para recuperar el aliento.

—Pero no hago más que hablar de mí mismo —dijo—. Y ni siquiera te he dado

las gracias por las flores. No las veo, pero seguro que son preciosas.

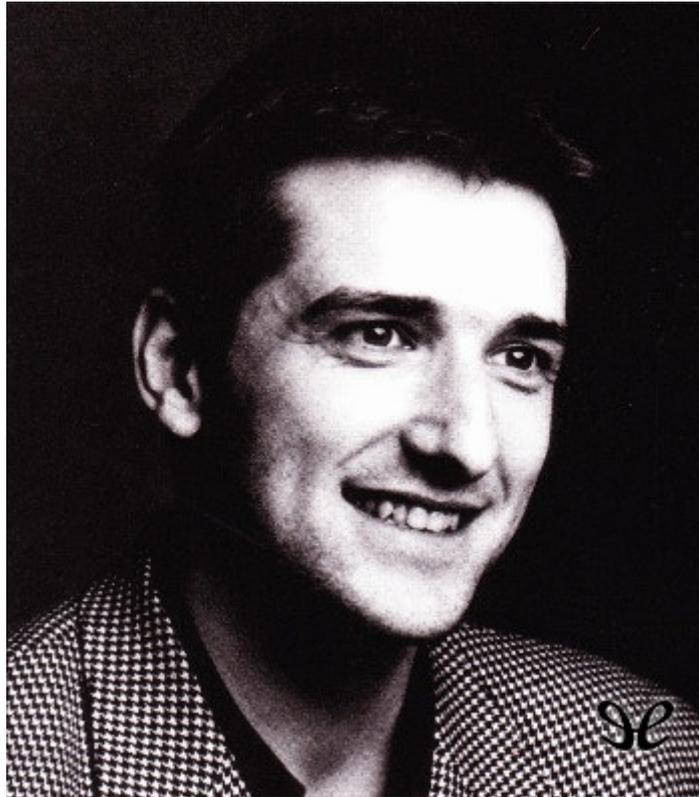
—No hay de qué, Jeff, ya lo sabes.

—Aquí no tengo jarrón, es una pena, no sé qué hacer con ellas, aunque siempre puedo chupar los tallos.

Luego volví a dejar de oírlo un rato.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunté.

—Me las apañaré, viejo, me las apañaré, no te preocupes. No es el fin del mundo. Y tengo esperanzas.



JOËL EGLOFF nació en Créhange (Francia) en 1970. Es guionista de cine y realizador de documentales, videoclips y películas institucionales. Hasta el momento ha publicado, además de *Qué hago aquí sentado en el suelo*, «*Edmond Ganglion e hijo*» (Lengua de Trapo, 2001; premio Alain-Fournier) y *Los asoleados* (Lengua de Trapo, 2002). Sus novelas lo han convertido en un referente de la nueva literatura francesa de calidad y humor.

# Notas

[1] Canción popular; literalmente: «El dique del culo» (nota de la traductora). <<

[2] Es tradición en Francia, el 1 de mayo, recoger y regalar ramilletes de mugete o lirio de los valles (nota de la traductora). <<